

extremo, el coche en que venía O'Donnell entró por la calle de Jacometrezo en la del Carbon: uno de los hombres de la esquina le siguió á la carrera, y Rios y Rosas, que en este movimiento vió confirmada su sospecha, abalanzándose por el lado opuesto, cuando ya el carruaje se detenía á mi puerta, gritó al cochero: «á la calle de la Luna, á escape.» El carruaje partió como un rayo; Rios y Rosas tras de él, y los encapadostras Rios y Rosas; yo me quedé en la escalera sin comprender nada de lo que pasaba. Nunca me acordé de preguntar quién había combinado aquella escena, pero es lo cierto que si la concepcion fué buena, la ejecucion no pudo ser más fatal: por fortuna, en los cinco meses de operaciones mucho más complicadas no se repitió nada que se le pareciera: en asuntos de esta índole, el olvido de un solo detalle suele traer un desconcierto con el cual vienen las más terribles consecuencias.

Media hora despues llegaba Cánovas á decirme que O'Donnell y su mujer que le acompañaba estaban en su casa, y á contarme la alarma infundada que había dejado el esperado huésped: era urgentísimo intentar en el acto otra nueva acometida á mi casa, porque la de Cánovas ofrecía muchos inconvenientes, sobre todo desde que doña Manuela (por mote la condesa de Lucena) que, como he dicho, acompañaba en la correría á su marido, acababa de cometer una indiscrecion con una criada, alarmada por cierta quimera ruidosa que había coincidido en la calle con la llegada del general, y en la que la buena de la señora creyó ver la intervencion de una policía que se anunciaba á voces.

Arreglé un plan nuevo, adoptando por base de él la ausencia de doña Manuela (y eso que no la conocía aún), y con sujecion á él se dispuso otra tentativa.

A las nueve de la misma noche, no quedaba una sola persona en mi establecimiento; como día festivo, no había operarios, y con diferentes pretextos despaché á todos, incluso al portero y á su hijo, por más que fueran para mí de tanta confianza, como objeto de reserva era el otro portero, contrincante de Rios y Rosas.

A las diez ménos cuarto aguardaba yo á oscuras, tras la puerta del portal de la casa calle

de Jacometrezo, la llegada de O'Donnell. A las diez se acercaba á la embocadura de la calle de Chinchilla el coche del general Messina, en el cual venía el general, y atravesaba éste á pie la estrecha calle, para entrar en el portal: tras de él eché la llave y le conduje de la mano á tientas, á la escalera; una vez allí encendí luz; O'Donnell se fijó en mí, tratando de reconocermé; sólo una vez, como dejo dicho, nos habíamos visto, cuando Coello y yo fuimos á visitarle en nombre de la prensa.

El general se tranquilizó cuando le dije «que ya estaba seguro,» y subiendo y bajando escaleras, y atravesando piezas de la casa que calificaba de laberinto, llegamos al boquete, por el cual debía pasar para entrar en la mía, despojándose de una gran capa y un enorme sombrero, con que su portero le había cargado cuando abandonó la suya; ví que, á pesar de su colosal estatura, O'Donnell cabía por el agujero: la resolucion de este problema me había dado mucho que pensar, porque, si no era satisfactoria, mi plan venía á tierra.

Despues de atravesar varias piezas de mi casa-habitacion llegamos al calabozo que le tenía destinado; el calor de la chimenea y algun alimento que tomó, le pusieron de buen humor, y eran las doce de la noche cuando todavía se reía recordando las peripecias de sus acometidas en mi casa.

Le enteré minuciosamente de mi plan estratégico para el caso de retirada, y no obstante el desprecio que despues ha manifestado hacia toda estrategia que no proceda de los doctores de la milicia, por aquella vez quedó satisfecho de mi combinacion. La instalacion se había llevado á cabo con gran fortuna; sólo mi mujer y una doncella de toda mi confianza, á quien era preciso poner en el secreto para que le sirviera, sabían que la casa del periodista encerraba al general proscrito, sobre cuyo paradero hacía comentarios todo el mundo.

## V

Los primeros dias de la cautividad de O'Donnell en mi casa fueron tranquilos y hasta monotonos; á las diez entraba á despertarle y á contarle las noticias que corrían; empleaba la

mañana en leer los periódicos, y más de una vez, mirando por entre las persianas de uno de los balcones, me avisaba la llegada del comisario de policía que venía á hacer una visita repetida á *Las Novedades*; almorzaba á las doce; Cánovas, única persona extraña que le veía, venía á decirle lo que pasaba; leía mucho, se pasaba más, encendía con una pajilla otra, y pasaba largos ratos sentado en una butaca con los piés al calor de la chimenea.

El aislamiento era tan completo, que estaban absolutamente cortadas todas las comunicaciones con su casa, espíada tenazmente por la policía, y con su familia, cuyos individuos no salían jamás á la calle sin que los siguieran. Por mi parte había llegado á organizar el servicio de mi prisionero de tal manera, que ninguno de los criados, fuera de la doncella de que ya he hablado, se apercebía de la novedad de la casa, aunque tan frecuentada era diariamente por un gran número de personas.

A los ocho días de esta vida, Gonzalez Brabo se presentó á la mujer de O'Donnell para avisarla que la policía tenía noticia de la casa en que se ocultaba el general, y que á las doce debía sorprenderla. Doña Manuela, á quien procuraré no nombrar tantas veces como tendría ocasion, salió acompañada de Gonzalez Brabo, se fué á la de una amiga, cambió de traje, se hizo acompañar de ella, fué á buscar á Cánovas para que la introdujera en la mia, no encontrándole se disfrazó, se desentendió de la amiga que la acompañaba y de Gonzalez Brabo, de quien desconfiaba y á quien quería desorientar; salió con la madre de Cánovas y se puso á recorrer cafés y círculos en busca de éste: la última entraba preguntando por su hijo; doña Manuela se quedaba á la puerta. Viendo lo infructuoso de tantos paseos y lo avanzado de la hora, se resolvió á presentarse sin más rodeos en mi casa, y á las once y media de la noche llamaba á la puerta de tal manera ataviada, que su solo traje bastaba para llamar la atención: todo era en él contrastes, como que sobre un rico vestido de seda llevaba un pobre chal viejo, puesto por la cabeza.

Tan pronto como entró, nos refirió el peligro y su inminencia; ni el general ni yo creímos mucho en él, pero pensamos que era prudente

tomar más precauciones, y dispuse que el huésped cambiase de dormitorio.

Ya he dicho que el boquete se hallaba en la medianería que separaba las dos casas; á cada lado de él había una habitacion; en la que pertenecía á la calle de Jacometrezo se instaló el general, haciéndole la cama en el suelo, para poderla levantar fácilmente caso de necesidad; una verdadera muralla de papel cubría las paredes del aposento anterior; tan sólo estaba franco el boquete y la comunicacion para la retirada: una vez recogido O'Donnell, se ocultaba con paquetes el boquete, y, áun sabiendo que existiera, habría sido muy largo y muy difícil dar con él.

La noche pasó sin novedad; el general no volvió á abandonar su nuevo dormitorio: de día se pasaba á las habitaciones de la calle del Carbon, y de noche al dormitorio en que le amparaban los productos de la prensa. Sin duda de tanto vivir entre ellos los tomó horror, y se propuso hacer lo que en las Cortes ha dicho que hace: no leer más periódicos que la *Gaceta*; esta excepcion es, sin embargo, la que no me explico, porque la *Gaceta* no le sirvió más que para declararle solemnemente traidor, mientras que los otros papeles impresos le salvaron primero la vida, y le han salvado despues otras cosas que valen más que ella. Me olvidaba de que las *Gacetas* posteriores se han enmendado á sí mismas, concediendo altas consideraciones al que en un dia pasó de traidor á héroe, premiando á las veinticuatro horas de la heroicidad.

## VI

Pasaba el mes de Enero, y los tiempos corrían cada vez peores para la política liberal.

Aquella parodia de Congreso, compuesta en gran parte de comerciantes políticos, que habían sacado su conciencia al mercado, y que, estimándola en su valor, ni siquiera regateaban mucho el precio, se había ido muy satisfecha á su casa.

El Senado, que mi amigo Coello ha querido inmortalizar, se contentaba con seguir admirándose de haber tenido valor para oponerse al robo, aunque al cumplir con este deber, que es simplemente uno de los que tienen los que no

son ladrones, no había osado pensar siquiera en dar el golpe que merecía al Gobierno autor de tantos escándalos.

Los hombres de quienes esperaba algun hecho, despues de tantas medias palabras, no hacían nada, absolutamente nada más que obedecer como doctrinos.

D. Manuel de la Concha hallaba más cómodo dejarse llevar á Canarias, donde podría pasar tranquilamente una vida confortable y ver venir, que ocultarse en Madrid, como se le aconsejó, y estar dispuesto para ser útil el dia de la lucha.

Su hermano D. José se iba por Zaragoza al extranjero, caminando despacio, por si la cosa cambiaba por sí sola en aquellos dias.

Manzano obedecía también al Gobierno, sin que sirvieran de nada las visitas que le hice por encargo de D. Leopoldo.

Infante seguía el mismo ejemplo. Esto, sin embargo, era cosa indiferente.

La prensa cumplía su mision: sufría el tormento, pero no se declaraba vencida; vivía agonizante, pero en medio de la agonía lanzaba la maldicion sobre sus verdugos.

O'Donnell fumaba pajillas y se calentaba en la chimenea, permitiéndose de vez en cuando, y sin que su semblante se alterara, tal cual frase enérgica de reprobacion en vista de la conducta de los Conchas y de otros hombres que tanto habían ofrecido y que tan poco hacían.

Nuestra graciosa soberana, como graciosamente la llaman ciertos periódicos, empleaba la gracia que heredó de su augusto padre en burlarse del general O'Donnell, á quien llamaba *Victor el cazador*, aplicando la reminiscencia de una zarzuela á la moda, *El valle de Andorra*, á la disculpa de una cacería que había servido al general para ponerse á la sombra.

Concluía Enero, como ya hemos dicho, y nadie tenía ánimo de hacer á O'Donnell ofertas, directas ni indirectas, y nadie organizaba nada de lo que había necesidad de organizar.

Leon y Medina recorrió las provincias de Andalucía, y acabó de decidir al general Dulce á entrar en la conspiracion. O'Donnell y Messina eran los únicos que iban á quedar en Madrid luégo que saliera Serrano, que ni siquiera conocía á Dulce.

Mi portero de la calle del Carbon dejó pasar

una noche, y, lo que es más, saludó humildemente al aspirante á cajista con quien se había peleado, porque esta vez, que tenía preparado un cubierto al lado del general, vestía su traje propio, y únicamente ocultaba su penetrante mirada tras de un avance de cristales verdes, que si le estorbaban para ver, estorbaban distinguir á los demas aquellos ojos singulares.

Mi portero de la calle de Jacometrezo no puso obstáculo al general Serrano, que envolvía su airosa figura bajo una capa andaluza, llevada con la gracia de su país, y su expresiva fisonomía bajo un sombrero de grandes alas.

De aquella noche puede decirse que parte en realidad la malograda revolucion de 1854 y sus consecuencias; era, sin duda, signo de la Union liberal que naciera comiendo.

## VII

Concertóse una reunion, en la que se entendieran los que podían servir para organizar el movimiento, y despues de discutir mucho sobre la forma y el sitio en que debía celebrarse, y despues de tropezar siempre con los inconvenientes de que el general se expusiera á salir y entrar en mi casa, propuse que la reunion fuera en ella. Cánovas condujo á Dulce y Messina, y se constituyó despues en vigilante á la esquina de la calle del Carbon; yo á Serrano, y vigilé desde la de Chinchilla.

Dos horas duró aquella reunion, en que, segun me contó O'Donnell, sentó como principio la necesidad de apelar á la fuerza para cambiar la situacion, sobre lo cual no hubo divergencia; explicó la necesidad de ir trabajando los cuerpos del ejército, y áun entró en algunos detalles sobre el personal de varios. Dulce ofreció mucho, sobre todo en Zaragoza; Serrano, todo lo que pudiera en Madrid, si en Madrid le dejaban, ó donde estuviera, si le echaban á alguna parte; en cuanto á Messina, se ofreció á lo único á que podía ofrecerse, á ser el *corre-vé-y-dile* que, recibiendo instrucciones de O'Donnell, las circulase, centralizando elementos y poniéndolos á disposicion del general.

Disuelta la reunion sin la menor novedad, empezaron los trabajos de zapa; pero á los pocos dias Dulce salió para Zaragoza, y Serrano fué enviado de cuartel á su país. O'Donnell

quedó solo, sin más militar de que disponer que Messina, ni más paisanos con quienes estar en contacto que Rios y Rosas, Cánovas y el autor de estas líneas.

La exploracion que empezó á hacerse fué satisfactoria; el Gobierno se hallaba en una de esas posiciones insostenibles, que vienen cuando se establece la lucha con todos los partidos, y se domina solamente por la fuerza. O'Donnell, en el mero hecho de haber desobedecido las órdenes del Gobierno, había adquirido popularidad; todo el mundo se ocupaba de él y cambiaba al oido noticias de su persona; cuando se decía que estaba en Madrid, los semblantes se animaban; cuando se aseguraba que había llegado á Portugal, las fisonomías decaían; de esto á ser bandera hay poca distancia.

El general, entre tanto, dormía al arrullo de las máquinas en que se imprimía *Las Novedades*, que algunas horas despues daba, copiándolas de otros diarios, noticias por este estilo:

«Una carta de Elvas dice que el general O'Donnell llegó allí en tal fecha, escoltado por contrabandistas, y que había pasado á Lisboa con objeto de embarcarse para Inglaterra.»

O bien:

«Los periódicos de Portugal dicen que es falso que el general O'Donnell haya llegado á aquel país; todo hace creer que se halla en Madrid, y áun se indica la casa á que se ha acogido, contando con la garantía del pabellon extranjero que le da sombra.»

### VIII

Breves palabras sobre el aspecto que presentaba la conspiracion á principios de Febrero de 1854. Ya hemos dicho que, aparte de las personas citadas, nadie absolutamente se ofrecía á apoyar al general O'Donnell: las grandes figuras militares, como diría *La Epoca*, se habían refugiado en rincones, desde los cuales hacían votos por que cayera Sartorius y viniera un Gobierno amigo que les diese lo que ambicionaban. Los trabajos de exploracion en la guarnicion de Madrid no daban resultados halagüeños; en infantería, ni con un solo jefe de cuerpo podía contar O'Donnell, á pesar de haber sido

director del arma durante muchos años (1); los coroneles y brigadieres en puerta para algun entorchado ó alguna faja, se estaban á la capa, esperando á ver qué sol calentaba más; los oficiales subalternos, clase desgraciada, instrumento constante de ambiciones en España; los oficiales de filas, que se exponían á recibir una onza de plomo para cambiar de hombro las charreteras, eran los que se prestaban con mejor voluntad á ir preparando el terreno y á trabajar á los sargentos, clase más desgraciada aún.

Once años de expurgo en el ejército, de separacion de todos los oficiales que se permitían tener espíritu liberal, de cuantos animados de él habían peleado en la guerra civil, once años de preferencia hacia los que habían estado peleando en el campo contrario, y de hechuras puramente cortesanas, tenían al ejército en un estado deplorable.

En cada cuerpo se tropezaba con tal ó cual oficial que respondía al objeto para que se le buscaba; pero eran pocos los que contaban con compañeros á quien confiarse; todo lo más á que se brindaban era á entenderse con dos ó tres sargentos; de esto resultaba un mal gravísimo: que en cada regimiento teníamos un capitán, dos tenientes ó dos alféreces, impotentes para otra cosa que para tenernos al corriente de las órdenes que se daban y de lo que pasaba en los cuarteles, lo cual, por otra parte, no carecía de importancia. Había ademas todavía interes en que la conspiracion no llegara muy abajo, porque era constante la ilusion de reducir la cosa á un movimiento militar de estado mayor. Cánovas visitaba la casa de unas señoras, donde concurría un oficial llamado Perez, á quien tanteó y encontró dispuesto, y preparado á tantear tambien otro oficial llamado Seguí; ambos se dedicaron á trabajar su batallon, que era el segundo de Extremadura. Con ellos se entendió un tal Robles, amigo de Cánovas: tambien se entablaron inteligencias con el comandante del segundo batallon del regimiento de la Constitucion, D. Carlos Saez, y con el coronel Schmit.

De la caballería hablaba mucho Dulce, que

(1) Ya diremos despues lo que se fueron adhiriendo á la conspiracion.

parecía tener á su devocion la mayoría de ella, así como parte de la infantería de Zaragoza, que le había proporcionado el brigadier Hore.

Serrano por su parte no se descuidaba en hacer lo que podía con las fuerzas de Andalucía, próximas al punto en que se hallaba confinado.

Esto era todo lo que había en aquella época; los que han dicho despues que de tal y cual parte había habido ofrecimientos, se equivocan; nadie se ofrecía, pocos eran los que respondían á las invitaciones; los ofrecimientos vinieron cuando era ocasion de recoger grados y ascensos.

Por lo que hace á los paisanos, no eran tampoco muchos los hombres de accion que se brindaban á pelear; verdad es que se hacía muy poco para buscarlos, y que el carácter de la conspiracion era todavía dudoso.

O'Donnell comenzaba á atar cabos, y, sin más elementos en la infantería que los que había sueltos en todos los cuerpos, la fuerza de Extremadura, la caballería de que había hablado Dulce y presunciones fundadas en sus antecedentes de la conducta que observarían jefes á quienes conocía, se preparaba á hacer algo, ya que, segun todas las noticias, Zaragoza había de tomar pronto la iniciativa, empezando á imaginar un golpe de mano en los primeros momentos de aturdimiento que produjera la noticia de haberse sublevado la capital de Aragon.

## IX

El dia 22 de Febrero me desperté con la sorpresa de que se había realizado el movimiento de Zaragoza; la noticia corría en Madrid con la celeridad del rayo; momentos despues llegaba la *Gaceta* con el desengaño de un descalabro; y aunque en Gobiernos que viven de la mentira no hay relacion oficial que merezca fe, pronto se vió confirmada la noticia de un modo indudable.

O'Donnell estaba visiblemente contrariado, y motivos tenía para ello; Zaragoza no debía moverse mientras no fuera de Madrid aviso de que el general estaba dispuesto; debía seguir tranquila mientras no se organizaran suficientemente grupos populares, sin los cuales era absurdo en aquella poblacion un movimiento ex-

clusivamente militar: sin embargo, acababa de ser teatro de escenas desgraciadas, en que ni responsabilidad ni parte correspondía al general.

¿Cómo se explica aquel malogrado movimiento? No lo sé. Hay quien supone que arrancó de un plan preparado á poco de cerrarse las Cortes por O'Donnell, Messina y Leon y Medina, íntimo amigo de Dulce, que debió moverse en Zaragoza como base del movimiento; he oido hablar de cosas que dijo Concha cuando se detuvo en La Almunia fingiéndose enfermo; sé que Ruiz Pons prestó el más patriótico concurso á los preparativos, y es notorio que se condujo con el mayor arrojo el dia de la lucha; hay quien dice que Dulce buscó el concurso de Lasala, defensor decidido de los principios liberales, así como de Santa María, de Benedicto y de algunos hombres de ménos influencia, á fin de que movieran á las masas. Unos suponen que la traslacion de Dulce á Madrid para tomar posesion de la direccion de Caballería, introdujo el desconcierto y el desaliento en los conspiradores; otros que allí hubo algo de traicion; otros que el pueblo no tomó parte, porque los sublevados hicieron lo que O'Donnell hasta que se vió apurado, guardar una reserva sospechosa sobre su propósito, que no se sabía si era favorable á la libertad ó una sublevacion militar con el solo objeto de cambiar, dentro del partido moderado, un ministerio con otro. Ello es que Ruiz Pons y Santa María reunieron unos trescientos paisanos y cumplieron sus compromisos exponiendo valerosamente la vida; el primero, con noventa y seis paisanos, siguió la columna camino de la frontera, despues que la muerte del infortunado brigadier Hore, víctima de su temeridad, desconcertó la jornada; pero la poblacion permaneció indiferente á la sublevacion, cuyo color político no distinguía con bastante claridad. Todo esto, y mucho más que esto, he oido vagamente como explicacion de aquellos sucesos, y sin embargo, en los cinco meses que estuve al lado de O'Donnell, él no se lo explicaba: no sé si se lo habrá explicado despues; yo no me lo he explicado todavía; es más, esta es la fecha en que acerca de los principales hechos no están de acuerdo ni las personas que los presenciaron, ni las que los han referido al público; cómo cayó Hore y cómo murió el te-

niente coronel D. Salvador Latorre, es lo que consta en todos sus tristes detalles; la tumba del primero encierra el secreto de aquellos sucesos; yo la respeto: los militares sucumbieron, el pueblo zaragozano, pronto siempre á dar su sangre por la libertad, apénas tomó parte en la contienda; los pocos trabajos preparatorios para la conspiracion vinieron á tierra; la revolucion se retrasó cuatro meses.

Si yo escribiera la historia de ella, tendría el deber de investigar, hasta donde pudiese, lo ocurrido en Zaragoza; siendo mi mision aquí otra más modesta, la de ofrecer tan sólo datos desconocidos cuya clave tengo en mi mano, estoy dispensado de detenerme hablando de aquello en que no tomé parte alguna, y cuyos detalles desconozco.

O'Donnell seguía en mi casa, casi resignado á la vida uniforme que hacía, sin proferir una palabra de impaciencia ni de desaliento. Nada serio había turbado hasta entónces el misterio de su morada, y, si habíamos tenido tal ó cual alarma, de todas ellas habíamos salido pronto.

Una tarde se prendió fuego en el cañon de una chimenea del cuarto principal, que pasaba inmediato á la en que se calentaba O'Donnell; los vecinos dieron aviso, las campanas señal de incendio; la autoridad local, equivocando el cuarto, llamó precipitadamente á la puerta del mio, y dos minutos despues una turba de operarios invadía la sala de que acababa de fugarse el general, siguiendo como un recluta las instrucciones estratégicas que un pobre paisano le había dado para trances tales: allí quedaron á la vista de la policía las *Memorias del rey José*, abiertas por la página en que estaba leyendo O'Donnell, el mapa de la provincia de Madrid, que por la mañana había estado estudiando en sus límites con la de Guadalajara, y hasta el reloj, con su nombre cincelado en el guardapolvo, que la doncella tuvo la buena idea de recoger. El fuego se apagó pronto, la tranquilidad se restableció, y el general se restituyó á su prision ordinaria.

Las distancias se estrechaban, y despues de lo ocurrido en Zaragoza, era de esperar que el Gobierno aprovechase aquel pretexto para ir hasta el fin de la senda funesta por que caminaba con tanta ceguedad.

Hacia tiempo que tenía puesta la proa á las reuniones que la prensa celebraba casi diariamente, y la ocasion le pareció propicia para acabar con ellas; á nadie se ocultaba que se preparaba un golpe de mano contra nosotros.

El dia 23 de Febrero, á las dos de la mañana, sonaron dos fuertes campanillazos á la puerta de mi habitacion; hacía media hora que, concluida mi tarea ordinaria para el periódico, me había acostado, y dormía profundamente; la doncella vino á avisarme que era la policía (que con una llave ganzúa había abierto la puerta del portal de la calle del Carbon). Salté de la cama y corrí á avisar á O'Donnell, que, como todas las noches, yacía encerrado en su tumba de papel; miéntras la abría con trabajo, le llamaba, pero mi voz no penetraba á través de los paquetes; cuando llegué á quitar uno de los que cerraban el boquete, se en tabló á través de él el siguiente diálogo:

Yo.—¡La policía!

Él.—¿Por quién pregunta?

Yo.—No lo sé; pero es igual.

Él.—¿Han entrado en casa?

Yo.—Están á la puerta de la escalera.

Él.—No abrir.

Yo.—No abrirán.

Él.—¿Qué hacemos?

Yo.—Ayúdeme V. á pasar.

Él (dándome la mano).—¿Y ahora?

Yo (del otro lado del boquete).—Es preciso que volvamos á colocar los paquetes como estaban.

Él.—¿Y esos campanillazos?

Yo.—Son ellos, que se impacientan; vamos ligeros.

Yo (á la doncella, sumergido ya en la tumba de papel.)—Acabe V. de cerrar el boquete con paquetes.

En tales circunstancias, no era prudente permanecer allí; lo que convenía era buscar nuestro último atrincheramiento, porque todo hacía creer que si por la calle del Carbon venía aquella visita, por la de Jacometrezo no sería ménos favorecido. Las facultades se crecen con la mayor facilidad en momentos de apuros como aquél: doblé juntos y cogí como una pluma los colchones que componían la cama del general, para hacerla desaparecer de un sitio donde con

tanta impropiedad estaba, y al cual era más que probable que al fin llegara la policía. O'Donnell llevaba debajo del brazo las almohadas y su ropa de vestir; al subir al piso tercero de la casa calle de Jacometrezo, nos descargamos del peso, dejándole en una cama preparada al efecto.

En el techo de la habitación de aquel piso había una trampa, bien disimulada, que, aunque incómodamente, daba paso á un vasto desvan; aquél era nuestro último refugio, puesto que O'Donnell se resistía á salir por los tejados para pasar á otro de una casa de la vecindad, cuya buhardilla estaba á mi disposición para entrar por ella; se declaraba torpe para andar en terrenos resbaladizos, y decía que prefería caer en manos de los enemigos á emprender este camino, que era el de su salvación segura. La política que ha seguido luego con sus enemigos, me ha recordado aquel temor á los planos inclinados, en que efectivamente no ha sabido ni podido sostenerse.

A prevención, para salvar más cómodamente la distancia del piso á la trampa del techo, y para mejor ocultarla, había yo hecho colocar grandes pilas de papel, que servían de escalera; O'Donnell subía por ellas, todavía con una almohada bajo cada brazo, cuando con el peso la pila se vino al suelo y rodaron los paquetes, produciendo en medio del silencio de la noche un terrible estrépito, que nos contrarió gravemente.

Reparé como pude aquel destrozo, y subimos al desvan: constaba éste de un pequeño espacio de ocho pies en cuadro, alto de techo, por un lado vara y media, que era donde se hallaba la trampa, y de una gran crujía de la misma altura, extendida todo lo largo del edificio, y en vertiente que disminuía hasta un pie, teniendo en el centro una salida al tejado: cuando llegué yo y cerré la trampa, me quedé sobre ella: O'Donnell manifestó deseos de que le dejara colocarse en mi sitio; yo le hice las siguientes reflexiones:—Probablemente vienen á buscarme á mí, y no á V.; si está V. el primero y nos sorprenden, le llevarán á V., aunque no le busquen, y no por eso dejarán de seguir buscándome á mí, hasta que me cojan; descubriéndome á mí, quedarán satisfechos, y no se les ocur-

rirá buscarlo á V., que importa que se libre más que yo.

Concluida esta discusión, tendimos sobre los escombros que había en el desvan las capas, y nos recostamos: en esta postura oíamos perfectamente la conversacion de los hombres que había en la calle de Jacometrezo; no cabía duda de que allí también estaba estacionada la policía, y que nos hallábamos sitiados en toda forma.

Habría pasado media hora, cuando sentimos á lo lejos ruido de golpes sordos, como de objetos de peso que caían al suelo; comprendí que había movimiento de paquetes de papel, y juzgué que el boquete de comunicacion había sido descubierto. El ruido continuaba á intervalos, y últimamente sonaba más cerca; por fin oí distintamente abrir una de las puertas del almacén: entónces le comuniqué á O'Donnell mis recelos; poco despues se abrió la puerta de la escalera del piso tercero, oyéndose en ella ruido de pasos; por último, se oyó abrir la puerta de la habitación misma en que estaba la trampa.

El general se incorporó y sacó su revolver; despues permanecimos inmóviles, temerosos de hacer el menor ruido; una mano dió dos golpes en la trampa misma; nosotros no respondimos; los golpes se repitieron, y continuamos callando.

Ocasión parece ésta de explicar lo que aquella noche pasaba en Madrid, los afanes que ocupaban á la policía de Quinto.

La batida era general; había empezado por la prision de Galilea, el director de *El Tribuno*, y por la tentativa de captura de Rua Figueroa, Montemar, Carvallo y Romero Ortiz, director y redactores de *La Nacion*; los polizontes se multiplicaban; de *El Diario Español* fueron presos Rancés y Roberts, Lorenzana se puso á salvo; de *El Oriente* fueron buscados Cociña, Trelles y Faraldo; éste último negó él mismo á la policía que estuviese en casa; de *La Epoca*, Coello, que no fué habido; de *Las Novedades*, el que escribe estas líneas, Cánovas, Barrantes y Bustamante que cayó en manos de la policía por medio de un engaño inicuo, en que se hizo uso de mi nombre. Ni eran sólo los periodistas los perseguidos: Rios Rosas, que debió su salvación á una casualidad, puesto que estaba acor-

dado que aquella noche durmiera en casa de Bustamante, mi primo y compañero de redacción, y sólo por un cambio caprichoso de propósito dejó de hallarse en aquella casa, para ir indudablemente con su dueño á las prisiones del gobierno civil. Bermudez de Castro recibió orden de salir para el extranjero, y despues de protestar de ella enérgicamente, tuvo que resignarse; Gonzalez Brabo y Alejandro de Castro recibieron tambien pasaporte para salir de España; Asquerino (Eusebio) fué sacado enfermo de la cama y trasladado á la cárcel, habiendo recobrado al fin la libertad por el estado de su salud.

Al dia siguiente Rancés, Roberts, Bustamante y Galilea marchaban á Cádiz escoltados por la Guardia civil; allí fueron encerrados en el castillo de Santa Catalina, desde el cual los trasladaron á Canarias, de donde los dos últimos se fugaron despues.

Pero volvamos á los golpes que daban en la trampa.

A los últimos acompañaba una voz femenina que nos hizo reconocer á la sirvienta nuestra cómplice. Entónces abrí. Venía á decirnos que un comisario de policía se había instalado en la casa, que varios agentes guardaban la salida, que habían cogido las llaves de todas las puertas, que estaban practicando un registro minucioso, y que venía á decirnos no nos moviéramos de donde estábamos.

El ruido de los paquetes que nos había alarmado, tenía una explicacion sencilla: deseosa de explicarnos lo que ocurría, había pasado por el boquete á duras penas; una vez dentro del almacén, cuya distribucion desconocía, no había acertado con la puerta de comunicacion y había derribado los paquetes que cerraban una ventana para saltar por ella y llegar á la que la facilitaba subir al piso tercero. La prohibí que volviera con más noticias, miéntras hubiera en la casa policía, ó no vinieran mi padre ó mi primo Bustamante á avisarnos lo que ocurría y señalarnos ocasion de salir del desvan. La recomendé, en fin, que no cometiera nuevas imprudencias, y la mandé que se fuera.

Ya he dicho que cuando yo daba esas instrucciones, mi primo, engañado por un falso recado de mi parte, se dejaba sorprender y era

conducido á las prisiones del Gobierno civil.

Así pasamos aquella interminable noche de invierno, arrullados por la plática animada de la policía que no cesaba en la calle, tendidos sobre los escombros del desvan, en el cual corría el viento Norte de una de las más frias noches de Febrero. Despues de amanecer nos dormimos y cuando despertamos, entraban en el desvan los débiles rayos de un sol pálido que no mitigaba el frio que sentíamos.

Mi padre, ya que no mi primo, consiguió venir á mediodía á decirnos que podíamos bajar del desvan, aunque no del cuarto, y se encargó de disponer lo necesario para que nos calentáramos y tomáramos alimento.

El dia se pasó en cambiar noticias entre los compañeros, comunicándonos mutuamente la suerte que á cada cual había cabido y los incidentes ocurridos en cada casa. La primera carta que recibí fué de Coello. Decía así:

«Mi querido amigo: sólo los caracteres como el de V. hacen apetecible esta vida de tantos desengaños y sinsabores. Me tiene V. oculto, creo que con seguridad de no ser hallado, despues de haber escapado milagrosamente de casa de mi madre, donde yo mismo abrí la puerta al comisario.

»*La Epoca*, aunque mal, marcha redactada por los que fueron en otro tiempo redactores suyos. Sin esto, desde luégo y con el corazon aceptaría su oferta. No por eso lo agradezco ménos.

»Deseo saber de V. con frecuencia, y puede escribirme á casa, donde darán curso á ésta y á las de V. Me parece imposible que este estado se prolongue largo tiempo. Agradecido y leal amigo.—*Coello*.»

Parecía que una vez registrada minuciosamente mi casa, debía ser ya la más segura de todas; y fiados en eso, al anochecer bajamos y nos trasladamos á mi habitacion.

Mi posicion había cambiado en veinticuatro horas; hasta entónces había sido guardian de O'Donnell; desde aquel dia era su compañero de prision; como tal me instalé á su lado; estábamos comiendo juntos el pan todavía tolerable de su calabozo, cuando mi padre, que había empleado el tiempo en proporcionarse confianzas, vino á decirnos que, á pretexto de buscar á Barrantes, otro de mis compañeros de

redaccion, escapado la noche anterior, se preparaba aquélla un nuevo registro en la casa.

Ya no había posibilidad de poder permanecer en ella; era necesario tomar una resolución en el acto, y así lo adoptamos: envié á la imprenta á buscar dos capas y dos gorras de los operarios, nos las pusimos, tomé la llave que me traía mi padre de la puerta del portal de la casa en que vivía mi primo D. José Ruiz de Quevedo, calle del Horno de la Mata, núm. 5, y salí seguido del general, á quien mi padre cubría las espaldas; cuando llegaron, ya tenía yo la puerta abierta; entramos, mi padre permaneció en la calle algun tiempo para asegurarse de que nadie nos había visto, y nos instalamos en este nuevo domicilio, que tenía una gran ventaja. En una pieza retirada se levantaba una trampa, á la cual acometía una escalera, por la que se bajaba á dos cuartos del piso bajo, sin comunicacion para ninguna otra parte; sobre la trampa se colocaban una estera y una cama, y en la cama se acostaba una persona, de modo que era difícil, si no imposible, dar con aquel asilo.

## X

Entre tanto, Madoz buscó á mi padre para que me dijera lo dispuestos que él, Cortina y Lujan estaban á acercarse al Gobierno para obtener de él el término de la persecucion á los escritores. Aunque mi padre rechazó en el acto la idea, seguro de que para eso no necesitaba participármela, yo no me podía excusar de ponerlo en conocimiento de mis compañeros, cuya digna respuesta aparece en la siguiente carta:

«Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.

«Mi querido amigo: despues de haber conferenciado con Rua Figueroa, buscándole con ese objeto, hemos convenido en decir á V. que los Sres. Cortina, Madoz y Lujan pueden dar los pasos que quieran en nuestro obsequio, como cosa suya; pero que obrando con nuestra autorizacion, nos es imposible admitir nada que no sea comun á todos nuestros compañeros de infortunio. En esta parte pensamos absolutamente como V.

«Estoy persuadido de que ántes de levantar el estado de sitio, el Ministerio y Quinto han

de hacer toda clase de esfuerzos para cogernos, y al ménos enviarnos al extranjero. Yo sé que á Rua se le busca con afan; y respecto á mí, han sido registradas hace cuatro noches las casas de mi mamá y hermanas. Prudencia, pues, y calma, que esto es imposible que se dilate muchos dias.

»¿No le choca á V. lo que pasa con Ulloa?

»¿Sabe V. algo de Rios Rosas y de Lorenzana? Yo tengo frecuentes noticias de Cociña y de Rua.

»Se repite su mejor amigo.—*Coello.*»

Cinco dias permanecimos allí; al cabo de ellos, nos vimos obligados á buscar otro refugio.

En el piso segundo del núm. 3 de la Travesía de la Ballesta vivía, en casa propia, un paisano y antiguo amigo de mi familia, llamado D. José Ceballos, con un hermano y una criada: esta casa constaba de dos edificios casi independientes, nuevo el uno, viejo el otro, que, unidos por dos patios, daban á dos calles, á la ya citada y á la del Desengaño. En la habitacion de Ceballos debíamos establecernos nosotros; pero era preciso asegurar la retirada, que el edificio ofrecía segura á traves de los dos patios; el uno, que comenzaba del lado del portal, y el otro, que concluía en la tienda de vidriero, situada frente á la calle del Olivo, despues titulada del general Dulce.

O'Donnell y yo salimos de casa de mi primo el domingo de Carnaval, al anochecer, y atravesando, embozados en nuestras capas, por medio del gran gentío que se retiraba del Prado, llegamos sin novedad á nuestro nuevo asilo, teatro despues de tantos y tan complicados sucesos.

Ceballos me dijo que para asegurar el paso y salida por la tienda del vidriero, era indispensable contar con él, que tenía las llaves, añadiendo que merecía su completa confianza, y que, si en ello no veíamos inconveniente, iba á llamarle en el acto; así lo hizo, y entónces por primera vez conocí á aquel hombre leal, cuyo nombre me hago un deber de consignar aquí, ya que tan escaso premio ha obtenido por los extraordinarios servicios que nos prestó, y prestó tambien á la causa de la libertad: se llamaba José María Alvear.

Pocos momentos despues se presentó delante de nosotros; yo no le había visto nunca; él dijo que me conocía, por haber trabajado en un taller frente á mi casa: O'Donnell había sido anunciado en la de Ceballos como aleman, co-laborador de mi periódico, que me acompañaba en la desgracia.

Alvear se quedó suspenso al verle, y tan pronto como se halló solo con Ceballos, le preguntó quién era el que estaba conmigo; Ceballos le dijo lo que él sabía: Alvear se calló: al dia siguiente repitió la pregunta, y Ceballos la respuesta; entónces le declaró que á quien tenía en casa era al general O'Donnell, y le explicó por qué le conocía.

Alvear había estado encargado de la iluminacion en los bailes de la reina Cristina; curioso por carácter, solía irse al guarda-ropa, aprovechando la ocasion de conocer algunas personas notables; una de ellas fué O'Donnell, cuya figura llamó su atencion, y desde que le dijeron quién era, conservó recuerdo de él, hasta el punto de reconocerle en circunstancias tan distintas y tan difíciles.

Ceballos, á quien hube de confesar la verdad, me repitió las mayores seguridades de Alvear, y en vista de ellas sentamos allí nuestros reales.

XI

Los sucesos de Zaragoza habían roto los débiles hilos de aquella conspiracion incipiente, y la persecucion de que éramos objeto había truncado todas las relaciones; era preciso reanudar los trabajos en medio de dificultades crecientes. De un lado, aquella catástrofe había llevado el desaliento á los que ya de suyo estaban poco entusiasmados; sólo los oficiales del regimiento de Extremadura, y Saez, el comandante del segundo batallon de la Constitucion, sea dicho en obsequio de la verdad, reiteraban sus ofertas; por otra parte, las cosas habían cambiado completamente: Rios Rosas y Cánovas estaban ocultos, yo lo estaba tambien, y sólo protegidos por las sombras de la noche podíamos salir á la calle para ponernos en relacion con el mundo exterior. Messina era quien quedaba apto para hacer algo, y sobre todo para adquirir noticias: todas las noches salía con ellas Cá-

novas de su escondite, y yo de mi encierro, nos veíamos en diferentes puntos y nos separábamos, llevando yo al general las dos únicas cartas que recibía, una de su mujer y otra de Messina, las dos plegadas en el tamaño de una cuartilla doblada diez y seis veces, para más facilidad de ocultarlas, caso necesario, dentro de la cual no cabía ninguna otra carta; con lo cual, y con decir que esas son las únicas que recibíó O'Donnell durante tres meses, se demuestra un hecho de alguna importancia.

Se necesitaban plantear de nuevo las cosas, y para ello comenzar por ensanchar el círculo de los que hasta entónces habían intervenido en la conspiracion: fué Vega Armijo una de las primeras personas en quienes se pensó para ese fin, atendiendo á su posicion, su carácter, sus circunstancias y cualidades; fué la otra Lasala, que reunía muchas, entre ellas la de comunicarse con Rios Rosas. O'Donnell pasaba revista en su imaginacion á los militares que pudieran ser útiles, y se fijó muy especialmente en el brigadier Echagüe, que mandaba el regimiento del Príncipe, y cuyo carácter conocía por haber servido á sus órdenes.

Rios Rosas quiso tener una entrevista con el general, y la tuvo, en efecto, á presencia de Messina, en la ya citada casa de mi primo, calle del Horno de la Mata, donde fuimos O'Donnell y yo, para ver á Rios Rosas en aquella última entrevista que entre los dos hubo, hasta despues de la revolucion. O'Donnell quiso ver á Vega Armijo, cuya amistad con Echagüe era íntima, y le vió, en efecto, en el piso cuarto de la casa calle del Barco, núm. 6, habitada por una antigua criada de mi casa; en ella vió más tarde á Saez, comandante del regimiento de la Constitucion, y en ella pasaron escenas notables, que diré á su tiempo.

Estas salidas y entradas del general no dejaban de ofrecer sus dificultades; es tal su estatura y su figura tan marcada, que había grave riesgo en aquellos paseos nocturnos; pero, por otra parte, no había otro medio de que le vieran, porque en la casa donde vivíamos no podían hacerse recaer sospechas.

O'Donnell y Vega Armijo no se habían hablado nunca, á juzgar por el principio de la entrevista que vengo recordando: el general en-

cargó que tanteara á Echagüe, y al día siguiente el marqués dió cuenta de su comision: el jefe del Príncipe manifestaba grandes simpatías hacia el proyectado movimiento, pero se consideraba ligado á Blaser por vínculo de gratitud; Vega Armijo trabajó para convencerle de que por cima de él había consideraciones que no podía desatender; Echagüe pidió veinticuatro horas para reflexionar: O'Donnell decía que cualquiera que fuese su resolución, la cumpliría, porque le conocía bien, y, en todo caso, no dudaba de su lealtad. A las cuarenta y ocho horas Echagüe se presentó á O'Donnell en la misma casa, calle del Barco, núm. 6, diciéndole que estaba á sus órdenes, aunque con escasísimos elementos: su regimiento no contaba arriba de 200 hombres, estaban llegando los quintos, y todo lo que podía hacer, y lo hizo en efecto, fué dedicarse á instruirlos sin levantar mano. *El Heraldo* y otros periódicos ministeriales le consagraron un elogio cuando supieron que á los seis días habían concluido los quintos del regimiento del Príncipe el ejercicio de giros, á los quince el del manejo del arma, y á los veinte la instrucción por completo.

Algunos jefes, Schmit, que lo era de la Constitución, por ejemplo, no entraban en la conspiración, pero dejaban que se conspirase, y hasta se ofrecieron á permanecer neutrales.

Leon y Medina trabajaba las fuerzas de caballería de Alcalá, según le indicaba Dulce, que allá iba frecuentemente, pero eran muy pocos los jefes á quienes se había confiado aún; sólo el coronel Fitor entró de lleno en el asunto, y deseando verle O'Donnell, una tarde le traje yo á la casa en que estábamos, donde confirmó sus buenas disposiciones y esperanzas.

Tassara se había puesto en relación con algunos paisanos influyentes en el pueblo; Reverter, Soto y algunos otros eran de este número (1): mi padre no se descuidaba en preparar elementos populares que pudieran pesar en un desenlace bastardo, si se intentaba darle á la conspiración.

Faltaban otros elementos, armas y dinero;

Orlando, Collado y Sevillano echaron un guante, no muy cumplido en sus resultados, á lo que recuerdo, ya que en punto á fondos yo no me mezclé más que para hacer algunos sacrificios á medida de mis fuerzas; sea como quiera, con aquellos recursos se compraron algunas armas, á tiempo que la opinión pública comenzaba á agitarse, teniendo por auxiliar un elemento que para este objeto se creó.

## XII

Un día, mejor dicho, una noche, los ministros, las autoridades, los altos funcionarios y las personas más adictas á Sartorius, recibieron por el correo interior pliegos uniformes de luto, con una cruz en la parte superior, como se acostumbraba en aquella época para enviar esquelas de defunción; dentro de aquellos sobres iba una hoja impresa, con este título á la cabeza: *El Murciélagu*, y una viñeta que representaba este animal; aquella hoja clandestina era un desquite y un desahogo completo del silencio impuesto á la prensa.

Sartorius montó en cólera al recibirla, y llamó inmediatamente á Quinto para presentarle el impreso; pero no era necesario, porque él por su parte traía otro ejemplar en la mano: hubo una escena de recriminaciones y de disculpas: Sartorius no admitía ninguna ante el hecho de haber recibido descaradamente el núm. 2 de aquel periódico incendiario, sin tener noticia siquiera del núm. 1. Quinto hubo de confesar paladinamente que á él le sucedía otro tanto: Sartorius le echó en cara el dinero que malgastaba en mantener una cuadrilla de vagos, que para nada servían: Quinto ofreció por su nombre que á la noche siguiente traería el núm. 1, ó pondría en la calle á todo el mundo: algunos minutos después llegaba al gobierno civil, hacía repiquetear todas las campanillas á un tiempo y acudir desalados todos los inspectores y comisarios, los llenaba de insultos y denuestos, y los amenazaba con un escarmiento si dentro de seis horas no le traían el núm. 1, y dentro de doce no habían descubierto la imprenta y los autores de *El Murciélagu*.

La policía salió disparada por todas las calles, y registró hasta el último rincón de todas las

(1) Ya referiremos más adelante los trabajos especiales é importantísimos de esos y otros patriotas en Madrid y en provincias.

impresas: la noche venía, Quinto esperaba el número 1.º, y aún confiaba en ver entrar á los redactores atados codo con codo: Sartorius esperaba á Quinto, pero todo fué en vano; nadie pudo averiguar de dónde salía ese papel, ni quién le escribía; nadie pudo siquiera tropezar con el número 1.º Hay que declarar, en honor de la policía, que la empresa era difícil, porque semejante número no había existido jamás: el primer número de *El Murciélagó* tenía el número 2.º La burla era completa.

Los ocios de la ocultacion habían inspirado á D. Francisco de Paula Montemar, redactor de *La Nación*, la idea de publicar aquel papel, de cuya parte material se encargó D. Miguel Pacheco, hermano de D. Joaquín Francisco: tres amigos le distribuían entre otros de confianza, y Madrid entero se constituía en repartidor de aquella hoja, cuyos números se esperaban con una impaciencia increíble, y circulaban y se comentaban con un interés extraordinario.

Cuando á la imprenta legal se le pone una mordaza, se crea la prensa clandestina; cuando se condena á los hombres al ocio forzoso de un encierro, se los obliga á distraerse en algo: por eso Montemar tenía original sobrante para *El Murciélagó*. La pluma que desde el oculto rincón de una buhardilla protesta contra la tiranía, no se rompe con la que sirve para firmar decretos; el plomo de una imprenta forzosamente clandestina, acaba casi siempre por triunfar del que llevan los soldados en las cartucheras para sostener la opresion en la prensa legal.

Son muchos los que poseen colecciones de *El Murciélagó*; ha habido además quien los ha reimpresso en una obra, y no debo yo ocupar la presente con lo que tan leído fué en su época, haciendo aquí una nueva edicion (1).

Pero la persecucion contra los ocultos arreciaba; los restos de la reunion de la prensa que en Madrid habían quedado, se reunían alguna vez; cuando las reuniones eran difíciles, nos escribíamos, y me parece curioso copiar aquí algunas cartas, que dan idea de cómo mis compañeros veían las cosas.

(1) *La Revolucion de Julio en 1854*, por Cristino Mártoz, páginas 83 á 98.

«Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.—Querido amigo: Segun noticias, que tengo por muy probables, el estado de sitio se levantará tan luego como la corte vaya á Aranjuez, á fines de mes y no ántes, y calculo que entónces, si hemos logrado burlar la vigilancia de esta canalla, podremos salir, aunque con precaucion.

»¡Cuánto lo deseo, para abrazar á los pocos pero probados amigos que ya quedamos!

»Tengo noticias de Lorenzana, que está en casa de un médico amigo, ocupándose bastante del periódico. A Rua y Cociña los he visto, y con ellos unidos V. y yo, estrecharemos la alianza de la prensa decente, haciendo cuanto convenga para vivir con honor. La conducta de Ulloa, Corradi y comparsa, es digna de ellos y de la situacion.

»Deseo vivamente que exprese V. mis afectuosos é inalterables sentimientos á Rios; que se guarden y no se confíen de nada cuanto esta canalla pueda decirles.

»¿En qué han quedado las gestiones espontáneas de Cortina y Madoz? Si sabe V. algo, dígaselo á su verdadero amigo.—*Coello*.»

—

«Mi querido Fernandez de los Rios: sé que nos buscan con más afan que nunca, especialmente á Rua y á mí. Yo guardo gran reserva; pero no así Rua, que vive en su escondite cual si estuviera en su casa. Yo ya le he aconsejado acerca de esto, aunque sin fruto, la vez que le ví. Escríbale V. al alma, metiéndole miedo, y como cosa espontánea de V. En ello le hará un gran obsequio.

»Cociña se marcha á París.

»Suyo siempre.—*Coello*.»

—

«Mi querido Rios: he recibido con suma satisfaccion su apreciable, pues aunque tenía noticias de V., siempre gusta recibirlas directas.

»Le han informado á V. mal los que le dijeron que cometía imprudencias, porque sólo una vez he salido desde el famoso dia del naufragio, y ese fué para ir de máscara al Prado y al Teatro Real. Antes y despues no he vuelto á saludar el aire libre. Mis noticias están conformes con las de V. respecto á la gana que hay de atraparnos. Esto me choca algo, y sólo lo ex-

plico por el temor de lo que habremos de decir el día de su caída. Guardémonos, pues, y no les demos el gustazo de que se ceben en nosotros.

»Supe efectivamente por Coello el contenido de la de V., que me ha satisfecho, porque era en un todo igual á lo que había yo contestado. Es menester que nos conservemos dignos hasta la última hora de la persecucion, para que el día de la justicia podamos aplicarla sin cortapisa de ningun género.

»¿Y qué me dice V. del espectáculo que nos han ofrecido y ofrecen algunos de nuestros colegas? Es verdad que no debía sorprendernos nada. Este es un asunto de que habremos de ocuparnos luégo, tan pronto haya modo hábil de verse sin peligro.

»Guárdese bien, que yo tambien procuro hacerlo, y cuente con el afecto de su verdadero amigo.—*R. Figueroa.*»

«Mi querido Fernandez de los Rios: Si fuese posible que una noche nos viésemos Cociña, Lorenzana, Rua, V. y yo, resolveríamos cuanto deba hacerse respecto á los extremos que usted toca en su carta. Con Ulloa no debe contarse, en mi sentir, por ahora, pues tengo malas noticias. Creo debe escogerse una noche lluviosa y un paseo ó cualquier otro punto, pudiendo ir en coche. Yo quedo en hacer que conmigo vaya Rua, y V. puede encargarse de avisar á Lorenzana y Cociña.

»La ocasion la dejo á su prudencia, que obrará conforme á las noticias que tenga. Creo que lo principal es lo de la suscripcion nacional.

»Dígame V. lo que sepa sobre la situacion del Ministerio, pues creo tambien que nuestra situacion no variará sensiblemente ínterin él no desaparezca. A mí han llegado rumores acerca de disidencias con Domenech y Blaser, y de grandes apuros financieros. Sin saber por qué, espero algo de la venida de Istúriz. Suyo siempre de corazon.—*Coello.*»

«Querido amigo: Tengo un rato de placer siempre que recibo noticias tuyas; no me las escasee V., por tanto. Yo se las he hecho pasar á Rua, y puedo hacer que sepa cuanto V. quiera. De Juanito Lorenzana es de quien nada sé.

»Creo que á fines de semana podremos pensar ya en entendernos, para sacar á la prensa de la triste situacion en que se encuentra. Por ahora, como la policia ha ido á buscar á todas las casas de mi familia, no las tengo todas conmigo.

»Mucho me alegraría de que pudiéramos estar reunidos, pues de esta suerte el encierro sería ménos penoso. Le aprecia muy de veras su entrañable amigo.—*Diego Coello y Quesada.*»

«Mi querido amigo: Despues de seis días de cama, al levantarme hoy por vez primera, tomo la pluma para contestar á sus apreciables últimas.

»¿Qué ratos me ha dado el desagable asunto de que me hablaba V. en la primera! Por escrito y de viva voz he oido cosas que V. no creería. Al fin, la cosa ha salido todo lo bien que era posible, y la tormenta se deshizo por ahora. Juro no dar el menor paso para que se condense otra.

»Parece que se me acusa de ser el autor de *El Murciélagó*, aunque despues han preso á otros, y supongo que habrán visto que ésta era una calumnia. Lo cierto es que la persecucion redobla mucho de ocho días á esta parte. Si, como espero, calma algo, nos veremos el domingo. De lo contrario, yo estoy decidido á largarme, pues no veo fin á esto, y me horripila la idea de pasar así el verano.

»Dígame V., por Dios, algunas noticias, y déme algun aliento, pues hasta como enfermo lo necesito. Sabe V. cuán de veras le quiere su afectísimo.—*Coello.*»

«Mi querido amigo: Hace un siglo que no tengo noticias tuyas; las deseo, y ojalá que sean consoladoras.

»Los de Canarias me han escrito todos. Empezan á acostumbrarse á su suerte.

»¿Qué es de nuestro Rios Rosas? Déle usted mis recuerdos.

»Dígame V. si la vigilancia contra nosotros ha disminuido. En este caso, podríamos vernos alguna noche en la casa que V. designaba, y que me parece preferible al proyecto del campo. Suyo siempre.—*Coello.*»

«Querido amigo: Mi principal deseo es que estuviésemos juntos, para conllevar mejor esta pícara existencia. No siendo posible esto, y no arreciando, como creo, la persecucion, permanezco aquí, dándole las más expresivas gracias por su buena voluntad.

»Rua marchó á pasar fuera algunas semanas, y piensa ir y venir durante el verano. Yo tambien necesito ir pensando en buscar un refugio para los calores de Julio, y para todo esto quisiera que nos viésemos una de estas noches. Ya sabe V. el sitio: preguntar por Andrade. Sabe cuán de veras le quiere.—*Coello.*»

«Querido amigo: En mi plan no entraba el marcharme hasta despues del 15, pero esperaré á que nos veamos ántes de decidir nada. Tengo las mismas noticias que V. sobre la persecucion, y, como comprenderá, es insoportable vivir así. Sé que, especialmente O'Donnell, es blanco de la más activa vigilancia.

»¿Tiene V. esperanzas de algo? Yo, desde la marcha de nuestro compañero, nada sé, y esto me tiene más aburrido aún. A pesar de cuanto dice *El Herald*, lo del anticipo no marcha bien para el Gobierno. Si los pueblos cumplieran con su deber, la existencia del Ministerio sería imposible.

»Ya que no podamos vernos por ahora, escribame con frecuencia, diciéndome lo que sepa, y en ello hará un obsequio á su buen amigo.—*Coello.*»

«Mi querido amigo: El sábado en la noche nos veremos. Mándeme V. las señas, que yo se las comunicaré al buen Lorenzana; no pierda V. tiempo, por las vueltas que tienen que dar los avisos. Se dan por conducto segurísimo.

»Yo he salido algunas noches, sin novedad. Lo mismo sé que ha hecho Rua. Carballo está ya en su casa, aunque con cierta cautela, y se me figura, como á V., que ha aflojado la vigilancia. Suyo siempre.—*Coello.*»

«Querido amigo: Siento mucho su indisposicion, y deseo me avise por completo su restablecimiento. Despues que nos veamos, nos podremos reunir todos una noche en casa de Juan

Lorenzana, que tiene jardín y está en sitio céntrico, aunque poco concurrido.

»Nada de política: dicen ha salido un tercer número de *El Murciélag*, que está terrible. La gente del bronce no pierde del todo las esperanzas, pero yo las tengo muy escasas. Deseo nos entendamos acerca de lo que debemos hacer en el verano, que será horrible pasado entre cuatro paredes. Suyo siempre afectísimo amigo.—*Coello.*»

«Mi querido Rios: Hace ocho días que nada sé de V. ¿Qué es de su vida? ¿Qué hay de política? Por aquí llegan rumores de malestar ministerial, y otros afirman que del 10 al 12 se levantará el estado de sitio. Algo de esto debe haber, y lo fundo en el pasaporte dado á Ulloa, que se me figura una farsa; en la oferta hecha á mi familia de dármele para el Escorial, si yo lo quisiera, y en otros síntomas que llegan hasta mi retiro. ¡Dios quiera que éstas no sean ilusiones de prosritos y emparedados! Suyo siempre.—*Coello.*»

«Querido amigo: Juanito Lorenzana me escribe no puede ir hoy, por andar malo; pero que irá el juéves, dia de la Ascension, y tambien festivo.

»Ya habrá V. visto la *Gaceta* de hoy; es un desengaño más.

»Tengo vivos deseos de que nos veamos, y si cualquiera de estas noches no tiene V. donde ir, véngase calle del Barquillo, núm. 9, cuarto segundo de la derecha, y pregunte por Andrade; hasta las once estoy allí.

»Quisiera tener las esperanzas que V.; pero temo que si hemos de respirar este verano, será preciso hacerlo en Francia.

»¡Muy bien por la tunda á *La Esperanza*! Don Pedro es tan canalla como D. Fernando. Su buen amigo que le quiere.—*Coello.*»

«Querido amigo: Tengo las mismas noticias que V.; y como hoy será difícil avisar á todos los amigos, me parece oportuno aplazar nuestra entrevista hasta el próximo domingo; usted con tiempo me dará las señas. Escribame usted con frecuencia cuanto sepa, que yo lo haré tambien. Parece que, ademas de nuestra lista, hay

otra reservada, y no sé quiénes serán nuestros compañeros de persecucion. Suyo siempre.—*Coello.*»

«Querido amigo: Mi prision, por fortuna, no es cierta, hasta ahora, y no creo tampoco en la de Gonzalez Brabo. Sé, empero, que me buscan mucho, y como á esta casa ha venido ya demasiada gente, le ruego me diga con entera franqueza si donde está habría por ocho dias un hueco seguro para mí, pues acaso me decidiría á pasar una semana con V. Suyo de corazon.—*Coello.*»

«Querido amigo: Supongo á V. bueno y con resignacion; á mí tampoco me falta ninguna de estas circunstancias.

»Desearía saber si tiene V. inconveniente en salir á pasar un dia fuera de Madrid con los demas compañeros, y con objeto de discutir y tratar algunas apremiantes cuestiones que á todos nos importan.

»Si su contestacion es afirmativa, le designaré el punto donde debemos reunirnos á los demas. Suyo afectísimo.—*J. R. Figueroa.*»

«Querido amigo: ¿Qué es de V.? Aunque no podamos vernos por el terrible huracan político de estos dias, podremos al ménos escribirnos.

»El verano se viene encima, y yo no puedo aguantar muchos dias más. Sería grande mi satisfaccion si nos fuésemos juntos á hacer un viaje de dos ó tres meses. La situacion no puede prolongarse más allá, aunque ántes no suceda nada. Esto es demasiado violento.

»Sabemos aquí las prisiones realizadas de Orlando, Lallana, Laberon, Soto, y las intentadas contra Messina, Tassara, Melo, Somoza, Ros de Olano. ¿Sabe V. de más?

»¿Cómo me explica V. el que en estos dias haya pedido pasaporte Gonzalez Brabo?

»¿A dónde va Galilea? Me han dicho que á Filipinas, pero esto parece increíble.

»Sigo temblando por nuestro compañero R., que sigue viviendo sin precaucion. Suyo.—*Coello.*»

«Querido amigo: Su carta me impulsa á aplazar por diez ó doce dias mi viaje. Rua se va al

rededor del 8; pero hasta ahora no está resuelto á salir de España. Yo estoy dispuesto á ir á Bayona, Burdeos, Pau, ó donde V. quiera. Que nos veamos, pues no creo que la policia apriete tanto como estos dias pasados. Siempre estamos en casa hasta las nueve ó nueve y media.

»Dicen que á Lara lo mandan á Sevilla y que mudan lentamente las guarniciones. Galilea iba destinado á Puerto-Rico; no sé si la muerte de *El Tribuno* aliviará su pena. ¿Dónde han ido los demas?

»No quiero quitarle ninguna de sus esperanzas, pero acuérdesese V. de lo pasado de seis meses á esta parte. Suyo afectísimo amigo.—*Coello.*»

«Mi querido amigo: La corte se va mañana, y aquí, como siempre, he creido que nada pasa. ¿Qué hacemos? Es preciso ir pensando en huir del calor y de la policia. Si V. sigue en su idea, yo esperaré por V. aunque sean quince dias; si no, me marcho en la semana próxima; esto se va haciendo ya insoportable, y no quiero por una casualidad pasar el verano en Canarias.

»Ya sabe V. que siempre le vemos con placer, y que lee con gusto sus cartas y noticias el que nada bueno tiene hoy que decirle.—*Coello.*»

«Querido amigo: ¿Qué hay? Deseo me diga V. algo, pues por V. principalmente he retrasado mi viaje hasta despues de la marcha de la corte.

»Rua volvió, y sigue haciendo valentías, que temo le salgan caras. Ya sabe V. las prisiones de estas noches. A Somoza no le hallaron. Sigue la vigilancia; pero creo que esto no impedirá el que me haga V. en coche alguna visita Suyo.—*Coello.*»

«Angel: Puesto que se han divorciado ustedes, dígame V. á Antonio que no comprendo el recado de anoche, que he sabido hoy. ¿Qué aviso necesita dar para venirse? Con que me busque esta noche en casa de A., ó me avise dónde, á las once y media, nos vendremos juntos.

»¿Por qué no hace V. lo mismo? El cuarto es pequeño, pero no se está mal.—*Vicente.*»

«Mi querido Angel: ¿Qué sabe V., ó qué cálculos hace sobre nuestra salida á luz? Es un fastidio inconcebible estar preso sin haber caído en manos de los que prenden. A juzgar por lo que Iglesias me escribe, nos quedan dias aún. Pero ¿por qué? ¿Cuál sería el resultado probable de nuestra salida, si saliéramos? ¿Nos meterían en chirona, ó nos harían mudar de domicilio, como al pobre Valentin? ¿En qué pararían estas misas?»

»Sea de esto lo que sea, yo ruego á V. me diga hacia qué fecha piensa V. que le dé el aire, pues yo no sé qué hacerme. Salgo algunas noches tarde, y me dicen los amigos que es una atrocidad y una exposicion inútil, al paso que me parece ridículo tanto esconderme, y aún más ridículo me parecería si no supiera, como sé, que ninguno de los prófugos asoma las narices á la calle.

»Si tan siquiera pudiéramos reunirnos por la noche en alguna madriguera, ya sería más soportable esta reclusion; pero ni sé dónde están V. y Antonio, aunque me lo figure, ni, si lo supiera, los iría á ver sin pedir aviso. No me deje V. sin respuesta.—*Vicente.*»

### XIII

No había paciencia que sufriera tantos desmanes, ni dinero que bastara á tantos despilfaros; nadie sabía nada de la conspiracion, pero todo el mundo presumía que se conspiraba: miéntras el paradero de O'Donnell fuera un misterio, era indudable que algo subterráneo se estaba trabajando.

En provincias iban en aumento las prisiones, las deportaciones y los escándalos; los diarios ministeriales comenzaban á preparar la opinion para un empréstito forzoso; el Gobierno se empeñaba en echar leña al fuego; el ejército no se prestaba á la revolucion con la espontaneidad con que había dado su auxilio á las contrarrevoluciones; los jefes pedían que se les diera la cosa hecha, con un ascenso por añadidura; los subalternos no soltaban prendas hasta ver de qué lado se inclinaban los jefes; Dulce hablaba mucho de la caballería, pero nunca acababa su trabajo; Echagüe se manifestaba siempre dispuesto con su regimiento; Saez

ofrecía su batallon de la Constitucion, en términos no muy seguros; los oficiales de Extremadura repetían las ofertas de sus personas y de sus compañías; los paisanos esperaban la orden; los oficiales de reemplazo apuraban desde las mismas prisiones donde alguno se hallaba; Riego, entre ellos, dirigió á O'Donnell la comunicacion que conservo original, y que, dejando aparte lo que tiene de ilusorio respecto á organizacion, marca bien los rasgos característicos de aquel estado de cosas. El general, dicho sea de paso, ha olvidado en el poder quién le apoyaba y quién no, cuando, para usar su frase favorita, jugaba la cabeza.

En las provincias no había nada, absolutamente nada, más que disgusto y agitacion, buenos deseos en el pueblo é indiferencia en el ejército: algunas noticias de Valladolid aconsejaron enviar allá á Roberts (D. Mauricio), antiguo director de *El Diario Español*, y hermano del redactor del mismo periódico, deportado á Canarias con Rancés, Bustamante, Bermúdez de Castro y Galilea, para explorar la voluntad de un cuñado suyo, que mandaba allí un cuerpo, y del brigadier Rios, que decía que sí y que no casi á un mismo tiempo, y que acabó por no hacer nada.

En tales circunstancias, una noche del mes de Abril tenía lugar, al traves de los sombríos patios de la casa en que habitábamos, el siguiente original desfile: yo conducía de la mano á Echagüe, éste á Dulce, éste á Vega Armijo y éste á Messina, que cerraba la marcha; aquella galería de encapados, unos con sombreros gachos, otros con gorras, llegó felizmente á presencia de O'Donnell, que comenzaba á estar impaciente de tantas dilaciones.

Echagüe dijo lo que siempre, que estaba pronto; Dulce buscó nuevas moratorias; Messina puso dificultades, y O'Donnell discutió largamente un plan que había formado para dar el golpe en Madrid. Debía comenzar por apoderarse de todo el Ministerio y de las autoridades, á lo cual se brindaban por sí solos los oficiales de Extremadura la noche que, estando de guardia en Correos, se celebrara uno de los Consejos de ministros que allí tenían lugar casi diariamente.

O'Donnell decía que, no debiendo esperar

mayores elementos, era preciso decidirse á obrar ó renunciar; con tanta más razon, cuanto que en lugar de crecer disminuían los medios, con la traslacion de los cuerpos, como sucedió en efecto con el regimiento de Valencia, que cuando empezaba á presentarse bien fué destinado fuera de Madrid; además, el número de los que tenían conocimiento de los trabajos iba creciendo y ascendiendo hasta los sargentos, y todo hacía temer que pudiera descubrirse de un momento á otro. Aquella larga sesion concluyó aplazando el movimiento para dar la última mano á los trabajos.

El Gobierno redoblaba cada vez más sus diligencias para apoderarse de los perseguidos, y sobre todo de O'Donnell; ya dentro de la misma casa de Ceballos, habíamos tenido que instalarnos por la noche en un piso bajo, que era fábrica de naipes; y le convertimos en dormitorio, en que abundaban por cierto los ratones y las cucarachas más de lo que á nuestro sueño y reposo convenía; ya habíamos dormido tambien algunas noches en la tienda del vidriero Alvear, á veces sobre el mostrador, y teniendo á tres varas de nosotros, del otro lado del escarapate, sin más muralla que las débiles tablas de laportada, la tertulia del sereno y los salvaguardias, que se entregaban en aquel punto estratégico del barrio á largas pláticas, bien ajenos de que nosotros los oíamos á tan corta distancia. Una sospecha de Alvear en la criada de Ceballos, á quien había empezado á enamorar un salvaguardia, nos hizo abandonar repentinamente aquella casa y buscar hospitalidad en un sotabanco de la del núm. 6, calle de la Puebla, en que vivía la planchadora de una señora americana, amiga de Barrantes: resultó que la tal casa era una ratonera, sin salida ni escapatoria posible, caso de sorpresa; sólo cabía la fuga quitando una barra de la reja quedaba al tejado y teniendo la llave de la buhardilla de la casa inmediata, que era de mi malogrado amigo el escritor D. Modesto Lafuente. O'Donnell se decidió á aceptar al fin el camino de las tejas, caso necesario, y ya había yo arrancado la barra con unas tenazas, volviéndola á colocar presentada en su sitio, pero teniéndola preparada de modo que fácilmente pudiera quitarse, cuando la disposicion de ánimo en que mi padre encontró á

Lafuente, cuando yéndole á visitar le hizo una indicacion propia para averiguar hasta qué punto podía esperarse de él lo que se deseaba, nos convenció de que la tentativa era inútil, porque faltaba el elemento esencial para el plan formado.

Allí estuvimos cinco dias. Para que se vea que en la vida real hay coincidencias más inverosímiles aún que en las novelas, diré de pasada que la noche que entramos en el sotabanco se repitió casi exactamente con la planchadora la escena que había habido con el vidriero, cuando fuimos á casa de Ceballos: la dueña de la casa planchaba en la de O'Donnell, y se encargaba de vender los trajes que desechaba doña Manuela; el marido, que se llamaba Crispin Aguirre, era sastre, y había hecho las últimas libreas á los lacayos del general; el matrimonio le había visto más de una vez, le reconoció y se condujo con una lealtad y una nobleza que, más que en ninguna parte, suele encontrarse en las clases desheredadas de la sociedad. Marido y mujer paraban poco en casa, tenían que ganar su sustento fuera de ella, y despues de traernos los elementos necesarios para el nuestro, nos dejaban solos casi todo el dia; alguno hubo en que O'Donnell y yo tuvimos que aplicarnos á la cocina; él ostentando sus conocimientos culinarios en la confeccion de una sopa de ajo, que hacía muy tolerablemente, yo aventurándome á estrellar media docena de huevos: el estómago le hacía olvidar al general su corona condal para descender á la condicion de cocinero, y á mí echar muy de ménos la práctica necesaria para servirle útilmente de pinche.

Cinco dias despues Ceballos había hecho ya en su casa la variacion aconsejada por la experiencia: una abertura practicada en la pared del cuarto que ocupábamos le ponía en comunicacion, por medio de una escalera de mano, con la fábrica de naipes, que tenía una salida á los patios, y por consiguiente á la otra calle; esto ofrecía dos ventajas: evitaba una sorpresa de dia y los encuentros con los vecinos, que en más de una noche, al trasladarnos á nuestro dormitorio al piso bajo por la escalera principal, nos habían dado que hacer; por otra parte, la excelente hermana de Ceballos había despedido la criada, y la había reemplazado con

una que lo había sido mia, la que nos prestaba su casa, calle del Barco, núm. 6. Cuando necesitábamos celebrar algunas reuniones, no había que temer nuevas indiscreciones. Cuando todo estuvo arreglado, volvimos á nuestro dormitorio, sirviéndonos despues el sotabanco para lugar de cita, donde, alternando con el otro, asistimos dos noches el general y yo.

Estas salidas nocturnas, que economizábamos cuanto era posible, ofrecían grandes inconvenientes, por lo marcadísima que era la figura de O'Donnell; había llegado, sin embargo, á adquirir cierta práctica en amoldarse á las circunstancias; yo acostumbraba ir por la acera, él por la cuneta de la calle, pero bajándose cuanto podía, y embozados en nuestras capas y cubiertos con nuestros sombreros de anchas alas, marchábamos así á nivel; de esa manera pasamos una noche en la calle de Valverde, frente á la Academia Española, por delante del celeberrimo comisario de policía Cruz, con quien, acompañado de su gente, tropezamos al volver la esquina de la calle de la Puebla, y á quien ni siquiera cedimos la acera.

XIV

Las cosas llegaban ya á un punto extremo; todo el mundo comenzaba á impacientarse de tan larga elaboracion; el mismo Messina, el hombre del mañana, comenzaba á temer de tanto aplazamiento. Echagüe declaraba que no podía continuar más tiempo así; Dulce iba y venía á Alcalá, y comenzaba á ser señalado como conspirador; O'Donnell hablaba de tomar un partido ú otro, pensando que la situacion era insostenible. El Gobierno, por su parte, facilitaba cada vez más el camino con el aumento de los desmanes y el acuerdo de un empréstito forzoso. Oí entónces, aunque no al interesado, y por eso no respondo del hecho, que habiendo ido Dulce á ver al ministro de la Guerra, Blaser, á anunciarle su propósito de ir á Alcalá á pasar una revista de caballería, éste le dijo, mostrándole un anónimo, que, á darle crédito, se opondría á la revista, porque, como veía, había quien acusaba al director del propósito de insurreccionar contra Sartorius el arma que

mandaba. Dulce le contestó sonriéndose y sacando del bolsillo otro anónimo que con sello del correo interior llevaba á prevencion, en el cual le decían que Blaser debía insurreccionarse con la guarnicion de Madrid contra Sartorius. Aquel rasgo de ingenio desconcertó al ministro, que contestando á las indicaciones de Dulce, desistiendo de la revista despues de aquel aviso, insistió en que fuera á pasarla para no dar por el gusto á los autores de una estratagemma, dirigida indudablemente á formar desconfianzas y desconcertar la situacion.

Lo indudable es que Dulce aprovechó la ocasion de aquella entrevista para inspirar confianza y marchar á Alcalá al dia siguiente; diciéndo á Blaser que si él no tenía órdenes que darle para insurreccionarse: Blaser le dijo lleno de confianza que se fuese cuando quisiera.

Esta expedicion, que Dulce no se había atrevido á anunciar, era la que necesitaba para tantear definitivamente á los jefes de los cuerpos si se prestaban; el plan era levantar la caballería de Alcalá y venir sobre Madrid, donde á la vez se levantaría Dulce; la expedicion se hizo, y D. Domingo se volvió como se había ido.

En la guarnicion de Madrid se iban extendiendo los trabajos, pero sin tomar grandes proporciones; todos los dias se indicaba tal ó cuál oficial subalterno de éste ó de otro cuerpo que venía á ofrecerse: de esto resultaban una porcion de cabos sueltos, difíciles de anudar; y lo que era peor, una esperanza diaria de contar con tal ó cuál batallon, pero esperanza que se desvanecía al dia siguiente.

Minando nosotros la guarnicion, nos encontramos con otros minadores en busca del mismo filon: al tropezar en las galerías subterráneas, se reconocieron el director de nuestros mineros, que ya lo conoce el lector, y el director de los otros, que era el general Córdova, el cual dirigía á la sazón la infantería y trabajaba por su cuenta. Este laboreo de mina tenía atortolados á los militares, entre los cuales reinaba una confusion lastimosa y una ambicion de medrar sin exponerse á las consecuencias de una voladura más grande aún que la confusion.

Córdova conoció que nuestra mina tenía más potencia que la suya, y quiso reunir las pertenencias fundiendo las sociedades. O'Don-

nell, que es un gran director de minas, comprendió de lo que se trataba, y se negó.

Por esta época trabajaban por su cuenta algunos elementos en provincias, y llegaban hasta nosotros noticias de que no podían esperar fácilmente mucho tiempo; mas la verdad es, que si se dilataba el rompimiento, no había que dudar la suerte que á todos, cuál más, cuál menos, nos esperaba en breve plazo.

Dulce mismo lo reconocía así, pero nunca llegaba á fijar día en que estuviera pronto; por fin, aunque vagamente, designó un plazo, ¡la semana próxima! y cada cual se dió prisa á estar dispuesto.

## XV

A los dos días, acababa O'Donnell de comer, cuando me dijo que se sentía indispuerto; empezó á respirar con dificultad y decía que le faltaba aire: abrí media ventana, quebrantando la consigna de Ceballos, que tenía muy recomendado permaneciese cerrada, para evitar el registro de los vecinos de enfrente. Tomó mi camarada los remedios caseros que se me ocurrieron, y la indisposicion cedió, pero á la tarde siguiente se renovó en mayor escala, y por la noche el general llegó á darme verdadero cuidado; fuertísimas palpitations en el corazon, que le impedían respirar normalmente, acompañadas luégo de vómitos biliosos y de un dolor de cabeza que le aplanaba, nos alarmaron sobremanera. Tres personas contemplábamos aquel triste espectáculo, Ceballos, su hermana y yo: agotamos todos los medios que se nos ocurrieron, y fué ganando en reposo hasta el punto de que en la mañana siguiente, habiendo marchado Ceballos á la oficina y habiéndose ausentado tambien su hermana, el mal parecía ceder por completo. Sucedió todo lo contrario: á la misma hora de las tardes anteriores estalló de nuevo con más fuerza que nunca; yo estaba solo al lado de la cama de O'Donnell, sin saber ya qué género de auxilio prestarle ni qué partido tomar en aquella situacion tan difícil; le pregunté quién era su médico y le manifesté intencion de ir á buscarle; la desaprobó, temiendo lo que pudiera sucederme saliendo de casa con la luz del sol: al fin cedió y corrí á la del

médico, que estaba inmediata, en la calle de Fuencarral, en tan mala ocasion, que su señora sufría un parto difícil, del cual murió por cierto; no pude encontrar allí el auxilio que yo buscaba; me decidí á ir á la calle del Horno de la Mata, á casa de nuestro facultativo y antiguo amigo de mi padre, D. Mateo Seoane, que tan luégo como se enteró de lo que quería de él, vino á ver á O'Donnell, trayéndonos el consuelo en tan angustiosa situacion; poco despues de volver á nuestro escondite volvió tambien Ceballos, y como los vómitos de O'Donnell eran tales que se oían desde la calle, y los vecinos llamaban preguntando quién estaba enfermo y ofreciéndose para lo que ocurriera, fué preciso achacar el mal á Ceballos, á quien la hermana suponía no poder desatender, para dejar así á los que preguntaban, cuyos ofrecimientos se decía pronta á utilizar caso necesario. El verdadero enfermo se resistía al alivio, y sólo en virtud de fuertes y multiplicados remedios comenzó á tenerle marcado en la madrugada. Seoane permaneció allí toda la noche y nos hizo frecuentes visitas; al día siguiente, á la hora acostumbrada, se reprodujo el ataque, cada día con ménos fuerza. En estas alternativas pasamos ocho días. Alvear, el vidriero, traía los remedios de la botica; Ceballos, que no necesitaba ya fingirse enfermo, estaba á la mira de la puerta; yo cuidaba al enfermo, y por primera vez ponía docenas de sanguijuelas, aplicaba y curaba cáusticos, daba unturas y medía las dosis de medicamentos que, reloj á la vista, estaba encargado de darle cada media hora. Sería ingrato si no reconociera aquí que debo á Sartorius, entre otras muchas cosas aprendidas durante aquella ocultacion, la práctica de freir huevos, y la más difícil y más triste de asistir enfermos.

Al tercer dia de semejante situacion, nuestras confianzas nos dieron un aviso que nos puso en alarma; eran las nueve de la noche cuando vino Cánovas á decirme que Quinto tenía una delacion de la casa en que se encontraba O'Donnell, y que en aquella misma noche debía ser sorprendida. Muchas alarmas semejantes habíamos tenido, y ya no dábamos, por lo mismo, gran importancia á noticias de ese género; ésta, sin embargo, venía acompañada

de circunstancias graves: la persona que la transmitía tenía motivos para saberlo bien, y lo que era peor, llegaba á designar con exactitud, y hasta con precision, el barrio en que nos encontrábamos. Cánovas y yo llamamos aparte á Seoane. Así que vino, le expusimos la eventualidad de una sorpresa, pidiéndole parecer sobre la posibilidad de que O'Donnell saliera de la casa. Seoane nos contestó que no había que pensar en ello, que aunque se tuviera de pié, que no se tendría, en cuanto recibiera el aire libre de la calle, se desvanecería: por lo cual semejante tentativa debía ser mirada como un asesinato.

Yo, sin embargo, no me resignaba á que aquella noche malograra cuatro meses de sufrimientos y todas las esperanzas que nos habían dado ánimo para soportarlos. Hice que Alvear, el vidriero, se quedara allí, arreglamos un colchon y una manta sobre una pequeña escalera de mano que pudiera hacer oficio de camilla, abrimos la trampa que daba á la fábrica de naipes, colocamos la escalera por el lado opuesto al colchon para que pudiera hacer su verdadero oficio de tal ántes de convertirla en camilla, y tanteando nuestras fuerzas, calculamos que podríamos llevar al enfermo en el colchon bien cubierto á traves de los patios hasta el portal de la calle del Desengaño; en último apuro, y una vez allí, ya veríamos, llamaríamos á cualquier cuarto, apelaríamos á la hospitalidad de quien le habitase para que le recogiera; á la mañana siguiente buscaríamos algun medio de sacarlo de allí: en aquel instante lo único que nos importaba era salvarlo de un golpe de mano de la policia.

Entre las congojas del enfermo y la inquietud por lo que pudiera suceder de un momento á otro, pasó aquella noche, sin que nadie llamara á la casa; el aviso, sin embargo, no carecía de fundamento; siete domicilios se registraron minuciosamente, uno de ellos en la calle del Barco, es decir, en nuestro barrio.

Al dia siguiente estábamos más tranquilos, pero nos esperaba una nueva inquietud; no sé de qué manera, todo Madrid supo la enfermedad de O'Donnell, y hasta hubo quien preguntó al oido á Seoane cómo seguía el enfermo; el caso es que comenzó á ser seguido por la po-

licia si iba á pié, no viéndose libre de espías si visitaba en carruaje; por la tarde me avisó mi padre lo que pasaba, y la dificultad de que pudiera seguir prestando la asistencia facultativa. Dando muchos rodeos y tomando grandes precauciones, pudo volver una vez, limitándose luégo á trazar, sin ver al enfermo, un plan, por la relacion de síntomas que yo le escribía.

Coello me escribía por entónces:

«Querido amigo: Hasta las siete del domingo no ha llegado su carta á mis manos, y á esta hora sólo pude ver á *La Nacion*, que juntamente estaba citada con Romero, el cual llegó anoche de Córdoba, adonde acompañó al pobre Cociña. Como Lorenzana se ha mudado de nido, y ademas la noche está clarísima, he aplazado nuestra entrevista hasta el próximo domingo. Yo quedo en avisar á todos para el mismo cuarto que V. me designa, y á hora de las nueve de la noche. B. 6. p. d. Si hubiese algun entorpecimiento, me avisa V. el sábado.

»Dicen que á nosotros no nos buscan, aunque sí con grande afan á O'Donnell y Gonzalez Brabo. Yo no lo sé, y no me fio. Justamente en la calle del B. han estado hace tres dias á buscar á Brabo, y levantaron hasta las alfombras.

»De política sé poco, ó por mejor decir, creo poco de lo que me dicen. Yo no espero termine nuestra situacion hasta que la corte se marche á San Ildefonso. ¡Dios quiera que al ménos nos dejen respirar en Julio! Si V. tiene mejores noticias, no me las escasee V., pues siempre son un consuelo.

»Me afirman ser cierto lo del empréstito forzoso, á pesar de las Hojas. O'Donnell está ya bueno de su último ataque bilioso. Mis afectos á R. R. Suyo.—*Coello.*»

No estaba tan bueno como á Coello le decían; aquella afeccion al corazon, que nunca había sufrido; aquella dificultad en respirar, y la propension á cólicos biliosos y excitaciones nerviosas que desde entónces le quedó, fueron, sin duda, efecto de la vida que llevaba hacia cuatro meses; él, particularmente, encerrado en un pequeño cuarto, sin respirar aire libre más que algunas de las pocas noches que necesitaba salir para celebrar alguna entrevista. No haciendo, contra su costumbre, otro ejercicio que las

vueltas que daba horas enteras en tan reducido espacio, su restablecimiento no podía ser completo; pero á los quince dias entraba en convalecencia, y á los veinticinco dias declaraba Dulce que estaba pronto á montar á caballo.

Ya que de enfermedades he tenido que hablar, seguiré tratando esa materia. Aquel encierro prolongado iba alterando la salud de todos, cuál más, cuál ménos; casi todos los ocultos sentían alguna dolencia; Lorenzana y Rua Figueroa padecían continuamente; Romero Ortiz pasó una pulmonía, que le tuvo á las puertas del sepulcro; Cociña, creyendo huir de un mal, logró escaparse de Madrid, y fué á morir á un pueblo de provincia. Cánovas y yo éramos los que nos sosteníamos firmes, tal vez por la necesidad de salir de nuestros encierros todas las noches para mantener las comunicaciones del general; los sobresaltos que estas salidas nos causaban á veces, tenían su compensacion higiénica. Entre estos sobresaltos recuerdo uno, acompañado de las circunstancias más cómicas. Eran las once de la noche, de una noche fria y lluviosa de la primavera; acabábamos de separarnos en uno de los sitios donde por turno nos veíamos; dando yo los rodeos de costumbre, llegué á la Travesía de la Ballesta, y ví venir á paso lento un bulto por la acera opuesta; seguí despacio por la que llevaba, llegué al otro extremo de la calle, el bulto no había desaparecido; resolví dar la vuelta á la manzana por la Corredera de San Pablo, á la calle de la Puebla; llegué á la altura de San Antonio, y por la acera opuesta venía al mismo paso lento el bulto que me había hecho dar el rodeo; subí deprisa por la calle de la Ballesta, y al doblar de nuevo la esquina de la Travesía, me encontré con que el bulto hacía otro tanto en el opuesto; era evidente que tenía por objeto espiarme, hasta ver dónde entraba; claro es que no entré en ninguna parte; dos veces se repitió aquel paseo en torno de la manzana; por último, al llegar á San Antonio, me ví libre del bulto, y por el callejon del Nao traté de ganar mi casa; daba vuelta á la esquina, cuando me encontré cara á cara con Cánovas, que sondeaba el callejon para cerciorarse de que se veía libre de mí; se le había olvidado decirme una cosa importante, había procurado encontrarme

ántes que entrara en el escondite, y uno á otro nos habíamos inspirado desconfianza por espacio de media hora.

Por último, yo tambien pasé con un ataque de garganta los quince dias que estuve á la cabecera del general O'Donnell, sin desnudarme siquiera durante ocho; pero entre tantas indisposiciones, ninguna fué tan grave como la que acometió á Rios Rosas. La soledad y disgustos especiales que pertenecen al secreto de la vida privada, le produjeron una preocupacion tan tenaz, que acabó por perturbar su razon clarísima; primero eran ligeras manías, que no tenían explicacion posible; despues [variaciones más acentuadas sobre el mismo tema; luégo vértigos, que daban cuidado. Cánovas y yo fuimos los primeros objetos de su antipatía; nosotros habíamos cuidado de que no fuese jamas á la casa donde se ocultaba el general, porque desconfiábamos de él, y le creíamos en relacion con Cristina; nosotros éramos dos personas peligrosas, que al fin entregaríamos á O'Donnell; más tarde, O'Donnell mismo era para él altamente sospechoso; hacía tres meses que se negaba á verlo, y no había quien torciera su resolucion; el general escribía diciéndole que quería hablarle; ni siquiera le contestó; rompió toda relacion con nosotros, y hasta declaró que no recibiría más en su casa ni á Cánovas ni á Tassara, personas á quienes distinguía con su amistad; éste no hacía caso de semejante prohibicion, y continuaba yendo á la casa; pero un dia le echó de ella, le insultó á grandes voces, y salió á la escalera en bata y zapatillas fulminando denuestos y amenazas contra él, que se apresuró á desaparecer, temiendo que bajara á la calle en aquel estado. Apercebido de ello Coello, en su afan de dar todo género de noticias, zampó en *La Epoca* un suelto anunciando la locura de Rios, suelto que empezaba con grandes elogios y acababa con muchas lamentaciones.

El hecho es que desde el mes de Abril hasta el de Julio, Rios Rosas estaba fuera de combate; nada se le consultaba, nada sabía, y no tuvo siquiera noticia del movimiento de 28 de Junio hasta que Madrid entero estaba enterado de ello.

XVI

Cuando llegó el caso de preparar el manifiesto, los generales le querían dar en forma de alegato de bien probado, destinado á demostrar como dos y dos son cuatro, bajo el punto de vista de la moral, de la política, de la Ordenanza y de no sé cuántas cosas más, que su deber de militares les obligaba á insurreccionarse y á insubordinar algunos miles de hombres. Cánovas redactó este escrito. O'Donnell le aprobó, y los demas generales le firmaron casi sin leerlo. Yo fuí encargado de escribir dos proclamas, y todo parecía indicar que, despues de tantas fechas señaladas y de tantos aplazamientos, llegábamos al fin de la empresa.

Nos hallábamos en un punto extremo, que debía de provocar pronto una solucion definitiva. Los elementos con que se contaba en la infantería no habían aumentado gran cosa, y aún se sostenían á duras penas; los oficiales de Extremadura seguían siempre en la misma disposicion; los que había aislados en otros cuerpos permanecían leales, pero tibios; Echagüe comenzaba á hablar, y con razon, de romper los compromisos si aquello se prolongaba; Messina traía todos los dias la perspectiva de nuevas adhesiones, que tenía motivo para esperar; veinte dias de conferencias debían dar por resultado cuatro piezas de artillería. Dulce decía que, respecto de Alcalá, estaba tranquilo con Fitor, Planas y Gallardon, pero que desconfiaba de algunos jefes de Madrid, y temía de otros, entre ellos el conde de la Cimera; Leon y Medina seguía haciendo viajes á Alcalá para comprar trigo, como él decía; Vega Armijo, con su inmensa actividad y con la ventaja de su posicion, entraba y salía en diferentes círculos y nos tenía al corriente de la verdadera situacion del Gobierno. Con el producto del guante echado por Sevillano, Collado y Orlando se compraron 2.000 alpargatas para los soldados de Echagüe y provisiones para el primer dia; Tassara se encargó de comprar algunas armas y cartuchos para los grupos populares que organizaban Algarra, Reverter, Abascal y Soto. Las proclamas estaban impresas y corrientes, el plan concertado, y como el golpe en Madrid era

muy aventurado, se resolvió salirse con las tropas, marcharse á Alcalá, unirse á las que allí había y venirse á la capital. O'Donnell había designado el centro agitador que debía obrar despues de su salida. Rios Rosas tenía el puesto de honor; Vega Armijo, Cánovas, Tassara y yo componíamos esta junta: el general me entregó con anticipacion las instrucciones que debían servirnos de norte, y que aunque luégo se modificaron por la variacion que sufrió el plan primitivo, me parece curioso insertar aquí, ateniéndome rigurosamente, hasta en la ortografía, al autógrafo que conservo.

«El movimiento no deve empecar en Madrid, por que tendria el inconveniente de que se vatiesen en los primeros momentos las tropas unas contra otras.

»Hecho fuera y reunida una fuerza respetable, principalmente en caballería, se podra apocimar hasta las puertás de Madrid afin de apoyar el movimiento qui entonces deve executarse dentro.

»Contando como se cuenta con la mayor parte de dos de los regimientos que quedaran en Madrid, es mui probable que se pueda contar con la mayor parte de los puestos de la plaza. Es del mayor interes que sea nuestro el principal. Si se pudiera tener la guardia de palacio, seria mui bueno, pero no estan importante como correos.

»El regimiento que no este de servicio de los dos con que se cuenta, deve pronunciarse en el puesto que ocupe, procurando arrastrar á los gefes en esos momentos, en que indudablemente estaran vacilantes, sino es posible á los coroneles, como sucede en E... á los comandantes. El pronunciamiento puede empezar por negarse hacer fuego contra sus compañeros y el pueblo. En cuanto sea posible es preciso evitar que los soldados se desvanden y se separen de la obediencia de sus gefes y oficiales. Seria mui conveniente tambien apoderarse del ministerio de la guerra, esto dependera de que se pueda o no contar con la tropa que lo guarde.

»Paisanos:

»Los que puedan reunirse devra dividirse en tres ó cuatro fraciones segun el numero que sean correos nuestros deven entrar dentro un grupo de ciento a unirse a la tropa.

»Otro grupo mas numeroso deberia ocupar la plaza mayor y el tercero la plaza de la sevada; este ultimo devera procurar sublevar los vecinos de la puerta de toledo y S. Francisco, una posicion que aumente á la sublevacion, deve procurarse ganar terreno hacia palacio apoderandose, si se puede, de los concejos.

»Las tropas que vengan de fuera se presentaran por la parte de la puerta de Santa Barbara y Bilbao con el objeto de obligar al gobierno aque tenga que dividir sus fuerzas.

»No deve haser mas vivas que el de la constitucion, y abajo los ministros que son traidores. Deve evitarse hacer fuego contra la tropa mientras no se presente esta decididamente hostil.

»El objeto primero del moimiento de-ve ser el que la Reyna camvie el ministerio nombrando uno que pueda inspirar confianza al partido liberal de España (aquí hay seis palabras tachadas). Sera mui conveniente el apoderarse de los ministros y de otra porcion de personas conocidas por haver figurado en estos ultimos tiempos como agentes y autores de los rovos hechos al pais.

»Deve procurarse mantener una comunicacion constante entre los de adentro y los de afuera.

»Remitir alas provincias proclamas y manifestos.

»Si llegase el caso de creer, que no fuese posible un pronunciamiento dentro de Madrid, hacer que salgan fuera a incorporarse con nosotros el mayor numero que se pueda de los oficiales y tropa pertenecientes á Estremadura y Valencia: tambien sera conveniente en este caso, que salgan los paisananos que quieran y puedan.

»Como el partido progresista tiene trabajos hechos en algunas capitales suvalternas, como Guadalajara, Ciudad Real y alguna otra, sera mas util que manden agentes para que se pronuncien.»

## XVII

En este estado las cosas, y cuando O'Donnell decia que era preciso acabar de una vez ó emigrar, porque todo era preferible á semejante si-

tuacion, Dulce, de quien todos empezabamos á dudar hacia tiempo, y que no contaba ya entre nosotros más defensor que el general, y ese no sé si con sinceridad completa, señaló para el movimiento el dia 13 de Junio (1).

(1) Hé aquí, entre otras que pudiera dar, una prueba de las vacilaciones de Dulce, y de mis dudas y temores ántes y despues del 13 de Junio:

»Mi querido Angel: Te escribo ya instalado de nuevo con Barrantes y despues de haber vuelto á ver las caras de las bellezas que sabes. Siento no poder seguir en este tono, aunque á ti te parezca que lo que te voy á decir por lo pronto no lo merezca más serio.—He visto á M., el cual ha visto á D. Parece que lo ha encontrado dispuesto otra vez y si no como quisiéramos, muchísimo mejor que ayer, no bien ha notado que nadie sospecha sus intentos.—E., á quien ha visto V. A., se ha dejado convencer y de nuevo se presta.—Se trata, pues, de ordenar las cosas y probar otra vez fortuna.—M. me ha exigido que participe esto á tu tio, porque él no podrá escribirle mañana, dándole sus afectos.—Esto es lo que me mueve á avisarte esto, despues de tu incredulidad. Todos parece que están animados y convencidos de que hubo falta de concierto y no dejar bien arregladas las cosas.—A mí me parece lo que siempre, que todo está en no apreciar á D. en su valor verdadero. Todo plan en que no pongan á dos pasos de él á tu tio que le empuje, fracasará sin remedio.—Conforme salió á pasear por otro punto, ¿por qué no ha de salir en adelante por el Campo de Guardias y situarse á ver la revista á cierta distancia respetable en su carruaje? ¿Por qué no buscar una casa de las últimas de Chamberí, que esto es fácil, en lugar de las casas de que se ha hablado y se habla al otro lado? ¿Por qué, cuando ménos, no pasear por un sitio equidistante de los *i* y los *c* con dos hombres que puedan servir de ayudantes á uno y otro capataz y recibir sus instrucciones? Sin esto no se hará nada.—Llevarlo lejos es comprometerlo: cerca, cerquita en su carruaje descansado, en el cual trasponga bonitamente por la ronda y éntre por otra puerta, la más opuesta si cabe: si no, no se hace nada.—Sólo viendo D. la presencia de este otro se resolverá.—M. ha parecido quedar de acuerdo con este plan: no sé si luégo lo pensará atrevido. Lo demas está bien.—Aquí termina lo más que á tí digo para tu tio.—Sólo falta decir que de este plan no debiera saber nada D. hasta el dia ántes, á fin de que esté más comprometido y no pueda rehusarlo.

Ahora á ti en particular te digo, que comprendo tu incredulidad y que como esas son cosas de sentimiento, no tengo nada que decir ni que alegar contra ella. Pero sí tengo que reclamar contra el aire de disgustado y de desdenoso que has tomado conmigo esta noche; tú sabes la franqueza con que te he hablado en esto como en todo. Estoy resuelto á seguir tu suerte en esto y á sacrificar, si cabe, mi opinion á la tuya. En una cosa en que eres el arbitrio no tienes por qué incomodarte.—Si quieres que

Aunque nada se había descubierto, todo el mundo decía que la conspiración estaba para estallar; el Gobierno era quien, mareado con tantas alarmas falsas, y creyendo ver en esto un sistema de constante agitación, tenía cierta confianza en que todo ello fuera una farsa, sin que por eso dejase de aumentar su policía y redoblar su vigilancia. Las pesquisas para buscar nos recrudescían nuevamente: entre los mismos operarios de mi casa hallaron quien se prestara á desempeñar el oficio de espía, con el objeto exclusivo de dar conmigo; pero sus compañeros se encargaron espontáneamente de administrarle razones tan poderosas, que se decidió de pronto á renunciar su puesto en la policía: las visitas domiciliarias iban en aumento; en una de ellas perdimos 100 escopetas de dos cañones que se habían comprado á 200 reales: nuestra suerte pendía de la lealtad y la prudencia de un gran número de sargentos: el calor empezaba á apretar: la capa,—especie de providencia de los conspiradores,—estaba fuera de combate: cada cual procuraba disfrazarse lo mejor que podía: los dolores de muelas eran frecuentes, á juzgar por los pañuelos negros que tapaban las caras: los anteojos de color indicaban aversión á la luz de los reverberos: quién que nunca había usado bigote lo llevaba á la borgoñona: los que estaban acostumbrados á dejarse las patillas, parecían habérselas cedido á los que nunca acostumbraban á usarlas: había largas barbas; la de O'Donnell era hermosa, pero blanca en su mayor parte: desde un día que intentó cortarse el pelo, para aliviarse del calor que le daba, por lo muy crecido que había llegado á tenerle, las tijeras, que como periodista eran

para mí herramienta familiar, pero que como peluquero me estorbaban, comenzaron á tener utilidad en mis manos, para igualar los escalones y los macizos y calvas que O'Donnell se había hecho á tientas. Nuestro cuarto parecía el vestuario de unos actores: allí teníamos trajes de todas clases, que bien se necesitaban, porque saliendo todas las noches, ya en pleno verano, para la obligada entrevista con Cánovas, ninguna precaución sobraba: añádase á esto que cambiábamos ocho y diez al día, y se comprenderán los peligros que ofrecía tan activa aunque indispensable correspondencia. Mis compañeros de prensa seguían escribiéndome con frecuencia, y Coello cada día con ménos alientos: no los había mayores en Canarias, y eso que estaba allí para infundirlos Concha, oráculo á quien consultaban: puede juzgarse lo que éste sabría de la conspiración, por el siguiente párrafo final de una carta que me escribía Roberts: «Ya ve V. que hay buen humor: por mi parte pienso conservarme así hasta fin de año, época para la cual he fijado mi resolución de desesperarme.»

Aquella comedia estaba muy en camino de convertirse en tragedia, si un incidente grave no hubiera puesto fin á los nuevos aplazamientos de Dulce, que iba perdiendo la confianza hasta del único defensor que le quedaba. El Gobierno dispuso un nuevo cambio de los cuerpos de la guarnición de Madrid: el regimiento que mandaba Echagüe fué uno de los designados para salir, y la fecha del 13 de Junio se fijó como definitiva.

Véase de qué manera referí yo mismo los acontecimientos de ese angustioso y memora-

---

lo dejemos, lo dejamos, y mañana me lo participas y pasado mañana estoy camino de Málaga, hasta más ver, es decir, hasta que esto haya cambiado de aspecto.—Lo que ha pasado te da derecho á fijar condiciones á los tres días: pasados esos, tú sigues en buena amistad, pero te separas del asunto.—Me dirás que la delicadeza te lo impide: hay medios de salvarlo todo. Bajo el pretexto plausible de que las continuas idas que haces á esa casa con los periódicos, etc., pueden comprometer la seguridad de tu tío, á lo cual te ayudaré yo á convencer á todos, mudas de casa, y negocio concluido.—Te puedes ir á la tuya, teniendo cuidado de no recibir en ella á nadie absolutamente.—Pero dices que no puedes, lo cual no creo

---

si pusieras cuanto es justo de tu parte; en ese caso, habiendo de verte á alguien, es mejor que te vayas á otra casa, que ya sabes que te sobran.—Esto lo puedes hacer como la cosa más natural del mundo, sobre todo si me dejas á mí que lo prepare por fuera y que sea yo quien te impulse al parecer, y acaso los demás los que te lo aconsejen. Desde tu nueva casa tú te conviertes en un oculto como otro cualquiera, retirándote de golpe ó poco á poco, como te convenga; y yo en el ínterin, que verdaderamente lo deseo ya, me voy á aquellos vericuetos de mi país, y santas pascuas. Piensa en esto, contéstame si quieres, y si no, mañana á la noche dime lo que has resuelto.—Tuyo, Antonio.»

ble día en el impreso titulado: *Cinco meses de ocultacion del general O'Donnell*; relato que ha copiado en su Historia mi amigo D. Cristino Mártos.

Eran las cuatro y media de la mañana, cuando las fuerzas que debían tomar parte en el movimiento ocupaban puntualmente sus puestos; el dignísimo general Dulce, al frente de la caballería, mandaba varias maniobras en el Campo de Guardias: el valiente brigadier Echagüe, coronel del regimiento de infantería del Príncipe, cuya decision y cuya bravura no son bastante conocidas, ocupaba con su cuerpo las inmediaciones de la Puerta de Alcalá, y otras tropas que no estamos autorizados para citar, esperaban haciendo el ejercicio en distintos puntos de las afueras.

A las cinco de la mañana llegó en su coche á la Travesía de la Ballesta el señor marqués de la Vega de Armijo, para cumplir el gravísimo encargo que había aceptado de conducir al general O'Donnell á la Venta del Espíritu Santo, donde le esperaba otro carruaje de camino: al llegar el coche á la puerta, y casi sin detenerse, subió el general, y á los pocos minutos salía por la puerta de Recoletos, sin que la policía que la guardaba se apercibiese de ello; O'Donnell cambió de coche más allá del portazgo del Espíritu Santo y llegó á Canillejas, donde hizo alto para esperar á las tropas.

Quien haya tenido parte en negocios tan graves como el de que entónces se trataba, comprenderá la ansiedad en que se encontrarían los jefes militares y los amigos de O'Donnell al contar minuto por minuto el tiempo que pasaba, sin que la combinacion formada se realizase; á las seis debía estar formada la columna y marchando por el camino de Alcalá; á las ocho aún permanecían los cuerpos en los mismos puntos, salvando las apariencias, con movimientos sin objeto: una decepcion que no estaba prevista era la causa de este retardo tan peligroso. Habiendo recibido el general Dulce instrucciones de no emprender la marcha hasta que llegaran los elementos que debían estar ya allí, persuadido de que no había que esperarlos por más tiempo, y habiendo empleado demasiado en maniobras hasta cierto punto injustificadas, dió á la caba-

llería, lleno de despecho, órden para que se retirase á sus cuarteles. El brigadier Echagüe se hallaba aún en posicion más comprometida; eran las ocho y media, y el regimiento del Príncipe, que se entretenía en tan prolongado ejercicio, no había aún asistido á la misa y debía entrar de guardia en Palacio; á esta hora formó en columna, se retiró á su cuartel, y salió á mandar la parada; muy poco despues, todas las tropas estaban en sus cuarteles, y la poblacion se entregaba á su movimiento ordinario, sin adivinar la empresa salvadora que aquellos jefes, llenos de valor y patriotismo, habían intentado momentos ántes, para cambiar de todo en todo la humillante situacion en que se hallaba su patria.

Pero tras de una desgracia quedaba en pie otra, y otra gravísima, que era un torcedor horrible para los valientes que habiéndose salvado por milagro, veían en peligro á otro valiente, cuya posicion se ignoraba: faltaba el general O'Donnell, de quien no había más noticia que su cambio de carruaje en la Venta del Espíritu Santo: los señores marqués de la Vega de Armijo, Fernandez de los Rios y Cánovas disponían los medios de amparar al general, que debía estar abandonado en mitad del camino, sin saber nada de las tropas á cuya cabeza esperaba encontrarse ya: el bravo general Dulce estaba resuelto á irle á buscar; Echagüe ni aún esto podía hacer, porque mandaba la guardia de Palacio: en medio de esta situacion horrorosa, que tan justamente tenía amargados á todos los amigos del general, un rasgo de audacia le puso á salvo, y devolvió á todos la tranquilidad y la alegría aún en medio del infortunio.

O'Donnell llegó á Canillejas y se alojó en un meson cualquiera, sin tomar precauciones de ningun género. Poco despues de estar allí fué el caballo que le estaba destinado, y que con la notabilísima montura de general permaneció atado á una reja más de tres horas: el coronel Ustáriz, única persona que acompañaba á O'Donnell desde la Venta del Espíritu Santo, se hallaba de observacion esperando la aproximacion de las fuerzas; cada nube de polvo que se levantaba en el camino era una esperanza de que pronto se realizaría el proyecto por el cual

comprometía O'Donnell su vida en aquel instante.

Cuando conoció que no había que aguardar más, formó la resolución de volverse á Madrid; y á las cuatro y media de la tarde, el general O'Donnell, que desde Canillejas vino sin obstáculo en un carruaje que acertó á pasar en dirección á Madrid, llamaba á la puerta de la casa de la Travesía de la Ballesta. Llegó en carruaje hasta la calle de la Puebla, y desde ésta atravesó solo y á pié la de la Ballesta hasta la casa en que sus amigos se disponían á salir á buscarle (1).

Así terminó aquel día memorable, en el cual, si se malogró el movimiento, se demostró la decisión y el valor de los jefes, y se ganó no poco en confianza y seguridad. Otra circunstancia notabilísima debemos apuntar, porque no tiene ejemplo en ninguna época; y porque es otro testimonio de lo infiltrada que estaba la revolución en los ánimos, y del deseo de salvar al país en que todos ardían. Pocos saldrían al campo el día 13 de Junio que no supieran el objeto de aquella salida; sin embargo, después de malogrado el movimiento, el Gobierno no traslució sino muy vagamente, y con el carácter de rumor infundado, un secreto repartido entre tan considerables masas de soldados. No es posible mayor prueba de patriotismo. ¡Tengamos á orgullo encontrarnos en un país que no produce un traidor entre 2.000 hombres!

(1) Hé aquí la versión de D. Ventura Fontan, comandante de la Guardia civil, que acompañó á O'Donnell en Canillejas, según cartas que conservo. «En este estado aguardábamos por momentos la aproximación de las fuerzas que debía conducir el mencionado general Dulce, acompañándole otros generales; pero dieron las seis, las siete y las ocho, y las tropas no parecían. Yo me encontraba siempre en el camino en compañía del citado jefe, al principio guardando mutua reserva, porque no estábamos autorizados para comunicarnos, y en uno de los momentos que de éste me separé, se me acercó el brigadier Ustáriz y me dijo:—Yo conozco á V. por haberle visto en casa de un amigo, y le contesté que yo también creía conocerle por ayudante del general O'Donnell; con este motivo, trabamos conversación extrañando la tardanza de las tropas y temiendo algún acontecimiento desagraciado... Este amigo no perdió un instante, previniéndome que estuviera dispuesto para marchar á Canillejas á verme con el general: eran las tres y media de la tarde y

El alzamiento quedó, pues, aplazado; los riesgos crecían, las dificultades aumentaban, el Gobierno no tenía datos fijos, pero sentía algo revolucionario hasta en la atmósfera que respiraba; redoblaba la vigilancia, relevaba los cuerpos, espiábalos de una manera degradante, y hacía, en fin, todo género de esfuerzos para evitar todavía el peligro que por tanto tiempo venía aplazando.

Los quince días que mediaron desde el 13 de Junio hasta el 28, fueron de continuos trabajos para reparar las contrariedades que creaba el ministerio: estaba para desmembrarse la fuerza del regimiento infantería del Príncipe, reducida ya á un batallón, que debía marchar á Torrelaguna el 28, y el otro había salido á guarnecer Toledo y Ciudad Real. Un regimiento de caballería tenía también orden de partir para Alcalá. Fué, pues, necesario, prescindir de otros elementos, y con los existentes disponer el movimiento para el 28 de Junio, á fin de aprovechar la salida del batallón del Príncipe. Pero volvamos á los acontecimientos del 13.

Vega Armijo vino á traerme la noticia de que las tropas habían vuelto á los cuarteles, en el momento en que, reunidos los Sres. Groizard y Pinedo, recibían de mí las proclamas que les dí para distribuirlas entre varios amigos, reunidos á ese fin en casa de D. Enrique Cisneros, con lo cual se evitó la circulación de aquellos

me entregó dos cartas para el general y otra para el jefe encargado de su persona, ordenándole á éste que siguiera al general y no le perdiese de vista hasta dejarle en paraje seguro. Las cartas del general, que entregué en su propia mano, le aconsejaban que marchase á Alcalá, en cuyo pueblo ya tendría aviso para cuando llegara, de recibirle con el posible sigilo. El general, después de enterarse, me dijo:—Me inclino á no ir á Alcalá y me decidí por volver á Madrid.—Le indiqué entonces que acaso sería mejor aguardar á que anocheciese, y me contestó que creía mejor marchar entonces; en las horas de calor apenas transitaba gente por las calles de Madrid: desde luego decidido, salimos del meson y entramos en mi carretela, solos el general y yo; y habiendo sido avisado por mí, el decidido y sereno jefe que nos aguardaba montó á caballo con sus ordenanzas, y siguió al carruaje á alguna distancia: eran las cuatro y media de la tarde, hora en que entraba en Madrid acompañando al general.»

impresos, que hubiera dificultado grandemente la ocultacion de la tentativa.

No he de explicar las causas de que aquella se frustrara, porque para ello necesitaba la autoridad de una prueba, y la prueba está unida á papeles que son la reliquia de una gran amistad: lo que únicamente puedo hacer es reproducir las siguientes líneas, publicadas en un periódico poco tiempo despues del triunfo de la revolucion.

«El resultado poco favorable que los primeros dias tuvo el alzamiento del general O'Donnell y demas bravos compañeros, así como las desgracias ocurridas en Vicálvaro, fueron entonces atribuidas por algunas personas á haberse faltado á ciertos compromisos creados muy solemnemente por el brigadier teniente de artillería D. Antonio Vené. Nosotros, aunque no conocíamos al mencionado señor, lo habíamos creído así hasta ahora; pero nuestro juicio ha quedado suspenso al saber que ha sido nombrado por el Gobierno para ocupar una plaza en la junta superior facultativa de aquel arma.

»Cuando de ese modo se premia al Sr. Vené, indudablemente deberá haber prestado muy buenos servicios á la causa de la libertad en el último alzamiento; y nosotros quisiéramos que el mencionado señor confundiese las hablillas patentizando su inocencia en las acusaciones que le fueron hechas entonces, como no dudamos lo hará.»

«Grandemente nos ha sorprendido esta noticia; pues ó las nuestras son muy equivocadas, ó fué el brigadier Vené la causa de que no se verificase el pronunciamiento el dia 13 de Junio. Pues qué, ¿habían de haber tenido ménos patriotismo, ménos valor los generales de Vicálvaro en aquel dia sin haberles faltado los recursos con que contaban? ¿Quién ha sorprendido la buena fe del director de artillería y del ministro de la Guerra para que se conceda un destino honorífico á un jefe cuyos antecedentes son tan poco claros? ¿Si se ha podido sincerar con aquellos generales respetables, esperamos igual satisfaccion para el público, así como un escarmiento severo en el empleado que tan mal corresponde á la confianza en él depositada, si no tiene el brigadier Vené medios de patentizar que no faltó á sus compromisos; pero

insistiremos aún: si él cumplió, ¿quién fué el que los rehuyó?»

Por entónces, y sólo por entónces, fué cuando entró en la conspiracion Ros de Olano, á quien, por vivas instancias de Messina, se le anunció el movimiento por si quería tomar parte en él.

Se pensó en hacer el movimiento el 25, y en Madrid, aprovechando la ocasion de cubrir el regimiento de Extremadura las guardias de Palacio y del Principal, sublevar la primera, dando al mismo tiempo el grito el regimiento del Príncipe, el batallon de la Reina Gobernadora, la mayor parte de la caballería de la guarnicion, y haciendo venir la de Alcalá. O'Donnell estaba dispuesto á eso; la causa eterna de los aplazamientos destruyó este pensamiento. Pero las cosas apuraban por momentos; un batallon del regimiento del Príncipe había ya marchado á cubrir destacamentos en Toledo y Ciudad-Real; el otro recibió orden de salir el 28 á Torrelaguna: uno de los escuadrones de la guarnicion de Madrid la recibió tambien de ir á Alcalá. El 27 fué llamado el primer comandante del Príncipe, D. José María Valdivia, á recibir órdenes del capitán general Lara, y del gobernador de la plaza, Quesada: todo esto hizo tomar repentinamente la resolucion de lanzarse al dia siguiente, puesto que ya no había más que esta alternativa: ó lanzarse, ó desistir.

En este intervalo del 13 al 28 se habían arreglado muchos puntos y estudiado bastantes detalles ántes olvidados. O'Donnell nos dejó encargado organizar medios de comunicacion con él: comunicarle los movimientos de las tropas: introducir proclamas en los cuarteles, ofreciendo á los soldados rebaja en los años de servicio: tenerlo al corriente de lo que pasara en Palacio: procurar algunas inteligencias en el cuerpo de alabarderos: vigilar á varias personas: alarmar la poblacion todas las noches, y si era posible hacer disparos en las afueras, para cansar la guarnicion y la policia: organizar la impresion del *Boletín del Ejército*, y su envío á provincias.

Le proporcioné una contraseña para dos honradísimos amigos de mi padre, vecinos de los pueblos de las provincias de Segovia y Toledo, personas de toda confianza, que le pro-

porcionarían caballo y traje y le acompañarían hasta la frontera, caso de una desgracia. O'Donnell se entretuvo en cortar en dos trozos, á manera de talon, varias *sotas*,—ya he dicho que en la casa había fábrica de naipes,—para que sirvieran de contraseña á los portadores de comunicaciones: su inclinacion ó la casualidad le llevó á escoger la de *espadas*, ó en su defecto la de *oros*: tambien convinimos en una clave y otros medios de inteligencia. Más se hizo en aquellas veinticuatro horas de forzosa actividad que en todo el mes anterior.

La noche fué de agitacion y de movimiento: ya habían salido, Echagüe á preparar la marcha del batallon del Príncipe, Cuadros al cuartel para tener dispuesto el de la Reina Gobernadora; los jefes de la caballería tenían órden para un nuevo ejercicio, de los que el director mandaba con frecuencia: nos habíamos quedado ya solos O'Donnell y yo, cuando inesperadamente vino Dulce azorado á decirnos que Quesada sospechaba algo y se preparaba á visitar los cuarteles: el movimiento de la caballería estaba justificado por el ejercicio dispuesto al amanecer del dia siguiente; el del cuartel del soldado por la marcha del batallon del Príncipe á Torrelaguna, tambien al amanecer del dia siguiente: lo que no se explicaba de modo alguno era el movimiento en el batallon de la Reina Gobernadora, que se hallaba en el cuartel de San Mateo. O'Donnell vió un gran peligro para su jefe D. José Cuadros, si, como era de presumir, había empezado á levantar la tropa, y habló de la necesidad de avisarle sin pérdida de tiempo: me ofrecí á eso, y aunque el general se opuso, cedió al fin, y me dejó ir, recomendándome que no me metiera en el cuartel: á medida que me acercaba á él iba notando los síntomas precursores del movimiento: oficiales del Príncipe que se dirigían al cuartel del Soldado y algunos tambien que llevando la misma direccion que yo, llegaron casi al propio tiempo al de San Mateo, donde ví que la tropa estaba levantada y armándose en las cuadras: pregunté al centinela por Cuadros, me invitó á entrar en el cuarto de banderas, donde me encontré rodeado de varios oficiales: tan pronto como me vió salió, y diciéndole que enía que hablar reservadamente con él, me

sacó del cuartel y me llevó á su casa, que estaba enfrente, en la calle de San Lorenzo. Allí le advertí rápidamente lo que pasaba y la necesidad de que adoptara las medidas más convenientes para que cuanto ántes pareciera el batallon recogido y en situacion normal. Cuadros me dió la llave de la puerta de la calle de su casa, para que si convenía darle algun otro aviso no tuviera que volver al cuartel, y apénas habíamos llegado á la esquina, cuando por lo alto de la calle de San Mateo vimos venir á buen paso al jefe del regimiento, que sin dar lugar á Cuadros para nada, le arrestó y tomó varias medidas, con las cuales quedó inutilizado el batallon.

A la una de la mañana hubo algun indicio de que el gobernador militar Quesada tenía ciertas sospechas: tomáronse las precauciones oportunas, inclusa la de avisar al comandante Cuadros, como acabamos de decir: se vigilaron las casas del ministro de la Guerra y capitan general, y ningun movimiento alarmante se notó en ellas: recorriéronse los cuarteles que ocupaban las tropas destinadas á formar la division libertadora, y á las tres de la mañana tocaban los clarines, diana y botasillas. A las tres y media resonaba, en medio del silencio más profundo, la marcha majestuosa de la caballería, á cuyos ecos daba no sé qué de grave é imponente lo solemne de aquella situacion. Una nueva aurora aparecía en el horizonte, anunciando el sol de libertad que aquel dia debía empezar á brillar de nuevo para la desgraciada España, y que ya alumbraba con sus primeros rayos las masas de aquellos valientes que acometían la empresa santa de redimir á su patria.

El batallon del Príncipe, con su bravo brigadier á la cabeza, salía tambien del cuartel y esperaba al de la Reina Gobernadora, que al fin no secundó el movimiento, porque su teniente coronel se presentó de improviso y dificultó la salida.

## XVII

Se acercaba la hora señalada. O'Donnell paseaba á grandes pasos por la reducida estancia de nuestro escondite: yo insistía con él en el temor de que el largo papel dirigido á los *espa-*

ñoles no hiciera todo el efecto necesario, y sobre la conveniencia de ofrecer garantías positivas; entre ellas, el armamento de la Milicia Nacional. El general me decía que, caso necesario, podría organizarse en algunas poblaciones, tomando precauciones de cierto género. Sin desanimarle, en aquellos momentos, me esforzaba yo en encarecerle la necesidad de que, por reparos en los remotos inconvenientes de medidas verdaderamente liberales, no cayese en el inmediato de perder la partida empeñada: me contestó estas palabras, harto breves y harto notables para que no esté seguro de haberlas retenido sin alteracion: «En cuanto á eso, descuide V.: exponemos la cabeza, y si es preciso iremos hasta la república.» Desgraciadamente no oyeron aquellas palabras más que las tres personas que había presentes, D. José Ceballos, dueño de la casa, D. Valentin de Bustamante, mi primo, y yo: muertos ya los dos, yo dejo á todo el mundo en libertad de creer ó no el único testimonio que queda: el mio.

Pocos momentos despues se repetía en la Travesía de la Ballesta la escena del 13 de Junio: constituida aquella casa en cuartel general desde el día anterior, no había cesado un minuto en toda la noche el movimiento que era consiguiente á los preparativos de la jornada: la policía, que miéntras tanto vigilaba estrechísimamente tres casas de Madrid, siempre con la esperanza de dar con O'Donnell, no se apercibió de lo que llegó á llamar la atencion de algunos vecinos de la calle, y dejó que, ya de dia, los amigos del general se despidieran afectuosamente de él, rodeando el carruaje en que había subido, como podría hacerse en una ocasion normal. Preciso es convenir en que, entre el dinero mal empleado por la última administracion, debe colocarse el que se derrochaba para sostener aquella falange de esbirros que, no perdonando ninguna medida vejatoria y desplegando un lujo ridículo de persecucion, rara vez conseguía resultado alguno. En honor de la verdad, hay que confesar que los españoles nunca han sido muy diestros en eso de la policía.

A las cuatro y media de la mañana salió O'Donnell por la Puerta de Bilbao, que, aunque vigilada como todas, no se cerró á su paso,

y siguió en el carruaje del marqués de la Vega de Armijo, el cual iba en el pescante dirigiendo el tiro, hasta la iglesia de Chamberí, donde el general se trasladó á otro carruaje de camino.

Ya estaba reunida en el Campo de Guardias toda la caballería y el batallon del Príncipe: el de la Reina Gobernadora no parecía, y no se le esperó más. Formóse silenciosamente una columna, á cuya cabeza iba la infantería, despues el carruaje del general O'Donnell, y luégo la caballería: esta brillante division tomó á paso largo la bajada de la Fuente Castellana, desfiló por detras de la Ronda á tomar un camino que conduce al de Alcalá, y salió á éste muy cerca de la Venta del Espiritu Santo. Eran las cinco y media de la mañana.

O'Donnell vió llegada la hora de poner á prueba su ascendiente con los soldados, y marchando al paso se acercó casi solo á ellos: algunos pocos paisanos miraban con indiferente curiosidad aquella singular escena; era uno de esos momentos solemnes en que involuntariamente se detiene la respiracion para no turbar on el aliento el decreto indeciso del destino que se va á pronunciar desde uno de los platillos de la balanza, pronta á inclinarse á una de dos causas, hundiendo á un país con el peso ligero del menor azar; un grito puede levantar una nacion, un silencio realizar una audacia, una bala partida por casualidad del fusil del último soldado romper el porvenir en el pecho del hombre destinado á abrirle paso.

La columna de O'Donnell hizo alto al llegar á Canillejas, y presentándose el conde de Lucena, acompañado de los generales Dulce, Ros de Olano y Messina, arengó breve pero enérgica y francamente á la tropa, manifestándola la empresa que iban á acometer, el deseo que le animaba, que no era satisfacer una venganza por los agravios que había recibido y que olvidaba, sino llenar un deber cuyo cumplimiento reclamaba la patria de sus hijos, y concluyó instando á que se volviese á Madrid el que no quisiera seguirle: una sola persona aceptó este partido, el coronel conde de la Cimera, que mandaba el regimiento de Santiago, y que manifestó sus deseos de separarse con su hijo, oficial del mismo cuerpo: el general Dulce le ofreció cuatro flanqueadores para que le acompa-

ñaran, y la columna siguió su ruta á Torrejon, donde hizo alto para descansar algun tiempo (1).

Fuera ya O'Donnell de Madrid, daba una gran publicidad á mi antiguo escondite de la Travesía de la Ballesta, y necesitando Cánovas y yo estar en comunicacion incesante con muchas personas, cambiamos juntos de domicilio, turnando entre la casa de un amigo mio de la niñez, D. Narciso de Vega y Quintana, calle del Molino de Viento, entre la de una amiga de mi familia, calle de la Corredera de San Pablo, entre el piso cuarto de la calle del Barco varias veces citado y el bajo de una amiga de Cá-

(1) No queremos omitir el relato de uno de los accidentes más trágicos del acontecimiento que relatamos, ocurrido en la mañana del 28 de Junio. Habían ya salido la caballería y el regimiento del Príncipe, cuando Robles y D. Miguel Soler, teniente graduado del de Extremadura, dieron aviso á los oficiales del propio regimiento que estaban reunidos y esperando en la fonda de la plazuela de la Cebada, de que ya era tiempo de sacar las compañías: á este aviso, D. Andrés Perez y D. Augusto Seguí, con varios de sus compañeros, se dirigieron al cuartel, y luégo que hubieron entrado con mucho orden y con el sigilo posible, formaron las compañías, y la de cazadores, formada por Perez y mandada por su capitan Montero, pudo ganar la puerta sin que de ello se apercibiera el capitan de la guardia de prevencion.

El buen suceso de esta primera prueba llenó de contento á los oficiales, que ya se disponían á salir con las demas compañías formadas, cuando con sorpresa de todos apareció el capitan Fernandez, que mandaba la guardia de prevencion, con el cual no había sido posible entrar en tratos, por lo que otro de los comprometidos se habia encargado de prenderle en su mismo cuarto. Su presencia produjo el consiguiente desconcierto, preguntando con extrañeza que dónde iba el regimiento: repuestos los oficiales, contestaron que al ejercicio. A esta contestacion repuso que ignorando él que hubiese tal orden, que de ser cierta se le debía haber comunicado, se opondría tenazmente á la salida de las tropas. Entónces D. Augusto Seguí, que era con quien tenía lugar este diálogo, mandó salir á las dos compañías á cuyo frente iba, al grito de "¡Viva Isabel II!" pero viendo que no obedecían la orden los soldados, Perez, que se había colocado en la puerta para proteger su salida, disparó un pistoletazo sobre el capitan de la guardia, y no habiéndole acertado, segundó-le con otro que le hirió ligeramente en la cabeza: manteníase en pié, sin embargo; lo cual visto por Perez, que se hallaba resuelto á pasar por encima del obstáculo que se oponía á la ejecucion de su proyecto, le asestó tal golpe con la culata de la pistola, que le hizo caer desvanecido.

Trabóse entónces en la puerta una lucha obstinada: Perez y Seguí, con la ayuda de dos sargentos, nombrados

novas, calle de Pizarro, esquina á la del Pez, casa del marqués de la Pezuela: ésta tenía la ventaja de comunicar por el patio y la cocina con la embajada de Méjico, á la cual teníamos intencion de ampararnos en cualquiera de los infinitos peligros de que estábamos amenazados á cada momento: más que intencion tuvimos cierta noche, en que una alarma falsa nos hizo creer sorprendidos por la policía.

Al primer parte que enviamos á Alcalá el mismo dia 28 tuvimos la siguiente contestacion (1):

.....

D. Agustin Perez y D. Manuel Seguro, pugnaban por abrirla, miéntras varios soldados que miraban á su capitan tendido á sus piés y sin señales de vida, hacían desesperados esfuerzos por cerrarla, miéntras otros se preparaban para hacer fuego, como lo ejecutaron, si bien, por dicha, sin causar ninguna desgracia. El tiempo empleado en esta lucha, el ejemplo de aquellos soldados que no dudaban en luchar cuerpo á cuerpo con sus superiores, y la confusion que naturalmente se introdujo, fueron causa de que las compañías ya formadas desoyesen la voz de los oficiales, y en precipitado desorden se volviesen á sus cuadras. Perez y Seguí entónces, viendo malograda su empresa, hicieron el postrer esfuerzo, y salieron huyendo del cuartel á unirse con las tropas de la division libertadora, como al cabo lo consiguieron, no sin muchos peligros y dificultades.

Quedó cerrada la puerta del cuartel, y presos los bravos oficiales siguientes:

- D. Manuel Cañizal.
- D. Eugenio Mínguez.
- D. Luis Viedma.
- D. José Alvarez Sotomayor.
- D. Miguel Soler.
- D. Bernardo Vallejo.

Y el sargento 1.º D. Ignacio Moreno.

Entre tanto el capitan Montero, de quien ya dijimos que había salido al frente de su compañía de cazadores, sospechando algun mal suceso por la tardanza de sus compañeros, volvió al cuartel, determinado á proteger la salida de las demas compañías, si algun obstáculo había que se lo impidiese; pero no bien hubo llegado, cuando fué desarmada su gente y él preso, por el coronel del regimiento, brigadier Garrido.

No queremos terminar este relato sin hacer especial mencion de varios patriotas que durante todo este tiempo prestaron señalados servicios y fueron más tarde á unirse con la division libertadora: hé aquí los nombres que recordamos: Abascal, Margarit, España, Soto, Reverter, Escalante, Losada y Rodriguez Vera.

(1) Aquí hay un vacío en el original que no nos sería difícil llenar; pero preferimos manifestarlo á cometer

El segundo parte nuestro no llegó; el tercero fué á su destino por una antigua criada de mi casa, cuya habitacion, calle del Barco, nos fué tantas veces útil; pero no todo lo que habría que decir se podía decir por escrito, y resolvimos enviar personas que llevaran noticias con instrucciones verbales, siendo los elegidos los señores Márto y Ortiz de Pinedo. Ambos llevaron además de una nota, datos en que yo insistí sobre lo que perjudicaba la fría acogida que se hacía á los paisanos que se presentaban en Alcalá, según relacion de algunos disgustados de ella y de regreso en Madrid. También volví á mi tema sobre la necesidad de prometer reformas positivas que levantarán la opinion.

Vega Armijo y Tassara, los dos del círculo que podían salir á la calle, trabajaban sin descanso: el primero contribuía grandemente á tener alarmados ciertos círculos donde sembraban las especies que convenían, y aprendía, para comunicarlas á O'Donnell, las maniobras del ministerio, los chismes de la calle de las Rejas y de Palacio. Tassara se entendía con algunos oficiales, averiguaba el movimiento de tropas y estaba en contacto con hombres de influencia en el pueblo; entre los dos nos tenían al corriente de lo que pasaba; Cánovas y yo organizábamos la publicacion, clandestina por supuesto, de un Boletín del ejército constitucional, destinado en su parte oficial á dar lo que nos convenía de las comunicaciones que recibíamos de O'Donnell, y en su seccion de noticias sueltas á animar el espíritu público; procurábamos inteligencias con varias provincias, enviando á ellas emisarios, y ayudábamos cuanto podíamos á O'Donnell, á cuya infantería tuvimos que surtir hasta de pistones, pues casi toda la que sacó de Madrid carecía de ellos; el Sr. Ortiz de Pinedo fué el que se encargó de la difícil comision

de adquirirlos, lográndolo en el Rastro, donde compró algunos millares. Cada cual mantenía relaciones con un círculo, uno de estos, compuesto de D. Antonio Soto y Lemus y un hermano suyo con quien se entendía Tassara y que se encargó de custodiar las armas y municiones adquiridas, tenía por núcleo á D. Cayetano Cardero, D. Agustin Algarra, D. Bernardo Iglesias, D. Ignacio Soler y D. Manuel Fernandez de los Rios, mi padre, depositario de la contraseña para disponer de las armas.

Lemus fué preso y enviado á Cataluña; pero en el camino logró fugarse y fué á tomar el mando de los paisanos que acompañaban la division de O'Donnell. Este iba ya empezando á comprender que hacía falta admitir paisanos, pero carecía de armas, y el hermano de aquél, Soto, se encargó de la ardua comision de sacarlas de Madrid desarmadas y llevarlas metidas en baules hasta Madridejos.

Rivero, por su parte, aunque preso en el Saladero, trabajaba desde allí en la provincia y en la capital. A nosotros nos auxiliaban poderosamente D. Cristino Márto, D. Enrique Cisneros, D. Carlos Groizard, D. Rufo Negro, don Vicente Barrantes, D. Valentin de Bustamante y otros: por otra parte, la gente de accion de los barrios de Toledo y Maravillas no se descuidaba en organizarse, y empezábamos á tener inteligencias importantes con la fuerza armada, señaladamente las que nos proporcionaron don Lucas Ballesteros y D. Sergio Arias con el cuerpo de orden público (1).

### XVIII

He dicho varias veces que no escribo una historia, sino un repertorio de datos para quien la escriba: no me creo, por tanto, obligado á

un error ó una inexactitud, aunque sólo fuese en las palabras, y exponernos al riesgo de desautorizar esta narracion tan concienzuda como fidedigna. Por lo demás, la contestacion fácilmente se adivina, sabiendo que las fuerzas militares que había en Alcalá se adherieron todas al movimiento, y que al frente de todas el general O'Donnell se dispuso á venir sobre Madrid, donde se prometía entrar aclamado por las tropas de la guarnicion y por el pueblo.

(1) Esto decía nuestro periódico *Las Novedades* en Julio de 1854, y queremos hacerlo constar aquí:

«Como en el día 30 de Junio anterior se escribió con sangre en los campos de Vicálvaro el principio de una nueva era para la libertad española, creemos conveniente dejar consignados para la historia los nombres de los cuerpos que formaban la division libertadora, así como los de los generales que los llevaron á la victoria, y los de los demás individuos que tuvieron la gloria de con-

llenar las lagunas que resulten de esta relacion, contando cosas sabidas, sino á hacer una relacion documentada, hasta donde sea posible, de cosas que haya presenciado. Con dejar sentado que O'Donnell me nombró individuo del comité revolucionario de Madrid, dicho está que no fuí testigo de la expedicion militar, y que nada auténtico puedo decir de ella desde que Vega Armijo, Cánovas y yo la vimos en marcha por

currir á un hecho de armas que debe enorgullecer á los que tomaron parte en él.

*Caballería.*

Príncipe y Borbon, carabineros.  
Escuela general.  
Almansa, Santiago y Farnesio, lanceros.  
Granada, cazadores.

*Infantería.*

Príncipe (excepto dos compañías).  
Batallon provisional (quintos).  
Partida de Reina Gobernadora.

*Generales.*

Excmo. Sr. D. Leopoldo O'Donnell, general en jefe.  
Don Domingo Dulce, teniente general de caballería.  
Don Félix María de Messina, jefe de E. M.  
Don Francisco Ros de Olano.  
Don Francisco Serrano.

*Coronel graduado.*

Don Enrique Pozo, segundo jefe de E. M.

*Ayudantes y adictos al Estado Mayor.*

Don Francisco Ustáriz, don Bernardo Ruano, don Ventura Fontan, don Pedro Fernandez Sedeño, don Antonio Sagües, don Ruperto Zalamero, don Cárlos Saenz, don Enrique Serrano, don Romualdo Palacios, don José Heredia y don Faustino Gil Velasco.

Don Domingo Verdugo, diputado á Cortes.  
Don Ezequiel Salina, don Domingo del Castillo y don Jaime Sancho, oficiales de artillería.

Don Estéban Leon y Medina, intendente militar.  
Don Andres Borrego, diputado.  
Don Manuel Buceta, comandante de reemplazo.  
Don Ramon Garea, paisano.  
Don Atanasio Chies, conductor de correos.  
Don Cristino Márto, abogado.  
Don Ruperto Sacristan, paisano.

Don Ceferino España, don Felipe Abascal, señor Soldevilla y otros pertenecientes á los voluntarios de Castilla, que mandaba su comandante don Manuel Somoza y Cambero.

el paseo de la Fuente Castellana: estoy, pues, dispensado de contar lo que ocurrió hasta Alcalá, la entrada en aquella poblacion, el combate de Vicálvaro, y la retirada hasta Sevilla: cosas todas descritas hasta la saciedad. Agruparé sólo algunos hechos curiosos, que añadan algo nuevo á lo sabido.

El dia 29 por la tarde se presenta en Alcalá el coronel D. Lorenzo Milans del Bosch á ofre-

*Compañía franca.—Voluntarios de Madrid.—Lista nominal de los individuos de la expresada compañía.*

Capitan, don Antonio Soto.—Teniente, don Manuel Monasterio.—Otro, don Romualdo de la Fuente.—Subteniente, don Francisco Carnicero.—Otro, don Alfonso Martinez.—Otro, don Eduardo Quiroga.—Sargento 1.º, don Manuel Bagues.—Sargento 1.º graduado, don Antonio Dominguez.—Sargento 2.º, don Joaquin Barrio.—Otro, don Tomas Basa.—Otro, don Francisco Castro.—Corneta, Vicente Diaz.—Cabo 1.º, Vicente Cano.—Otro, Ramon Lago.—Otro, Bernardo Granda.—Otro, Pablo Bun.—Otro, Francisco Cabrer.—Cabo 2.º, Nicasio Gomez.—Otro, Eustaquio Calleja.—Voluntarios, Antonio Fernandez 1.º.—José García.—Primo Rodriguez.—Francisco Lorenzo.—José Perez.—Antonio Navarro.—Francisco Cabrera.—Antonio Diaz.—Francisco Trejo.—Francisco Nuñez.—Pascual Ferrer.—Ambrosio Benidi.—Salvador María.—Galo Camarero.—Pascual Martinez.—Félix Ingueso.—Mariano Canseco.—Jacinto Saiz.—Fermín Asenjo.—Diego Yagües.—Salvador Ferrer.—Luis Camino.—Márco Gomez.—Francisco Ortega.—Manuel Candelas.—Antonio Fernandez, 2.º.—Alejandro Maroto.—Manuel Alvarez.—José Gil Martinez.—Antonio Alameda.—Hermenegildo Larray.—Juan Cuendi.—Antonio García Leal.—Santiago Rodriguez.—Antonio Martí.—Lucio Perea.—Hilario Alarcon.—Juan Guisado.—Vicente Velda.—Domingo Velasco.—Félix Paredes.—Francisco María.—Ramon García.—Miguel Aranda.—Manuel García.—Mariano Lopez.—Francisco Moreno.—Domingo Gallego.—Leon Saez.—José del Collado.—Felipe Espino.—Jorge Gomez.—Pedro Leon.—Miguel Villen.—Eugenio Lopez.—Félix Nanclares.—Francisco Morales.—Jerónimo Centenera.—Miguel Roche.—Juan Cano.—Fabian del Monte.—Antero del Amo.—Felipe Romero.—Francisco Morera.—Cleofé Bravo.—Gabriel de Joyo.—Tomas Romero.—Ramon Pueyo y García.—José Luisan.—Manuel Tobalina.—Raimundo Calabria.—Francisco Muñoz.—Francisco Marin.—Santiago Sacristan.—Madrid 5 de Agosto de 1854.—El capitan comandante, *Antonio Soto.*"

Mencion especial y honorífica en alto grado merecen tambien los comandantes Valdivia y Garrigó, heridos ambos y prisioneros en el combate, y que, áun así, prestaron despues importantes servicios á la revolucion.